

## Capítulo III

### Punto de partida: Vulnerabilidad y potencialidades de los hogares en expansión

Paloma Villagómez Ornelas

La casa. Con el árbol y el sol, el primer y más frecuente dibujo de los niños. Donde están la mesa, la cama, y la estufa. Las paredes externas y el techo nos resguardan, para que no nos disolvamos en la vastedad de la Tierra; y las paredes internas, al mismo tiempo que posibilitan el aislamiento, establecen ritos, definidas relaciones entre lugar y acto, delimitando la sala para las comida y evitando que engendremos hijos sobre el mantel del almuerzo. A través de las puertas tenemos acceso al resto del Universo y de él regresamos; a través de las ventanas, lo contemplamos.

Osmán Lins, *Retablo de Santa Juana Carolina*

*A Manuel, por nuestra expansión*

## INTRODUCCIÓN

La vida se compone de inicios y finales. Así como la trayectoria de un individuo comienza el día en que nace y termina cuando muere, a lo largo de la historia que se escribe entre ambos puntos se construyen los inicios de muchos procesos que deben siempre concluir. Uno de los proyectos presentes en la vida de los individuos es el establecimiento de un hogar propio con una organización y dinámica particular, lo cual, en la mayoría de los casos,

va acompañado de la conformación de una familia de procreación. Este proceso comporta especial relevancia, pues en él se cristaliza la trayectoria de socialización de la persona, la cual entra de lleno –con los respectivos matices de género y clase – a ejercer las funciones del rol adulto para el que ha sido preparada durante la infancia y la adolescencia.

La estructura del nuevo grupo familiar se verá influida por un sinnúmero de elementos pero, sin duda, existe uno que jugará un papel determinante en la dinámica de dicho hogar: su composición sociodemográfica, pues ésta determina en buena medida las necesidades específicas del núcleo doméstico, moldea las posibles estrategias que sus miembros pueden desplegar para satisfacerlas e, incluso, las limitaciones y obstáculos que encontrarán en su camino para lograrlo. De ella dependerán, en alto grado, los tipos de vínculos que el hogar establezca con un entorno social, político, económico, ambiental y cultural concreto, así como la naturaleza de las relaciones intra-familiares y la capacidad del núcleo para negociar y articular un proyecto de vida grupal con los intereses individuales de cada uno de sus miembros.

Además de la estructura familiar, el número de miembros y la jefatura, el ciclo doméstico o ciclo familiar de los hogares se perfila como uno de los elementos más importantes de la composición de los mismos, dado que el tiempo histórico no es sólo un parámetro biológico sino también uno social en la medida que define, organiza y prioriza las necesidades, posibilidades, roles, obligaciones, derechos y expectativas de los individuos como parte de un grupo más amplio, en este caso, la familia.

Así, encontramos que los hogares pasan por una etapa inicial de expansión y una intermedia de consolidación en su camino hacia la fase de su dispersión (González de la Rocha, 1986; 1994). A lo largo de este ciclo, el hogar cumple con sus funciones reproductoras, socializadoras y de producción, interrelacionándose en cada momento con diferentes instituciones y estructuras que vinculan a los individuos que lo componen con la sociedad en términos más amplios.

El presente estudio se concentra en la organización social y doméstica

de los hogares que atraviesan la primera de las fases mencionadas: la expansión. De manera particular, se pretende identificar y describir a profundidad los elementos que provocan la vulnerabilidad de las familias en esta etapa, así como los factores que podrían favorecer su subsistencia e, incluso, la movilidad social del grupo doméstico como conjunto y de sus miembros en el plano individual. Asimismo, en este contexto de estímulos internos y externos, interesa conocer en qué términos se da la interacción con el Programa Oportunidades en los hogares beneficiarios y cuál es su relevancia en la disminución de la vulnerabilidad del mismo.

En particular, se busca determinar la incidencia de cinco elementos cuya presencia en los estudios de caso analizados para esta investigación ha resultado relevante para explicar las condiciones de bonanza o de precariedad en los hogares estudiados. Estos son: 1) la *composición* –tamaño y estructura–, 2) la *estructura ocupacional* del hogar y su vinculación con los *activos productivos* acumulados; 3) la *vivienda*, 4) las *relaciones intrafamiliares* y 5) el estado de las *redes sociales*. La hipótesis que orienta esta discusión es que la dificultad o tersura en el tránsito por una u otra fase del ciclo doméstico está dada por la manera particular en la que los elementos arriba enumerados se articulen.

## METODOLOGÍA

Los hogares analizados forman parte de un amplio conjunto de unidades domésticas con el que se ha trabajado a lo largo de seis años de investigación en el proyecto de evaluación cualitativa del Programa de Desarrollo Humano Oportunidades.<sup>1</sup> El objetivo al analizar hogares beneficiarios de un programa social como Progresas/Oportunidades a través de una perspectiva dinámica

<sup>1</sup> Proyecto dirigido por Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí, ambos investigadores adscritos al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), en su sede Occidente. La autora ha pertenecido durante cuatro años al equipo de investigadores de dicha evaluación.

---

como el ciclo familiar, es *la exploración de escenarios y trayectorias domésticas que promuevan o dificulten el aprovechamiento de un incentivo externo al hogar —el Programa, en este caso— en función de su propio bienestar y vulnerabilidad.*

El grupo de hogares que se analizará en este capítulo se compone de 14 unidades domésticas, las cuales fueron elegidas entre el conjunto de 82 familias en expansión contenidas en la población total de estudios de caso, la cual asciende a 252 hogares. Esta cantidad de estudios de caso se consideró adecuada y manejable en términos de procesamiento y análisis pormenorizado de la información que proporcionarían.

Los casos seleccionados fueron elegidos buscando que cubriesen un amplio espectro de características tales como la *región* del país donde se ubicaban, el *estatus* con respecto a Oportunidades, así como el *tiempo de exposición* al Programa; el *tipo de localidad* de acuerdo al tamaño de su población, la *jefatura* del hogar y, finalmente, el tipo de *estructura* que presentaba.

Una vez que se reunieron los estudios de caso con las características arriba mencionadas distribuidas lo más equitativa y proporcionalmente posible con respecto al grueso de la población de hogares en expansión, se procedió a la lectura cuidadosa de cada una de las narraciones etnográficas. Fue necesario idear un mecanismo que permitiera el registro de los detalles encontrados para que la primera lectura fuese aún más reflexiva y permitiera esbozar desde el principio directrices analíticas, a reserva de ser corroboradas, complementadas e, incluso, rechazadas por lecturas posteriores. Considerando que las evaluaciones del Programa en las que este análisis se basa se han realizado desde el enfoque de la vulnerabilidad (Escobar y González de la Rocha, 2002b; 2005a; 2005b; Kaztman, 1999; Moser, 1996; 1998), se construyó la “*Tabla comentada de vulnerabilidad*” que captura de manera sinté-

tica la situación de los hogares estudiados al momento de ser incorporados y en su desarrollo posterior,<sup>2</sup> con respecto a cada uno de los componentes de la matriz de vulnerabilidad, a saber:

- a) *composición*: estructura, ciclo doméstico, jefatura, número de miembros, edades de los mismos;
- b) *vivienda*: tenencia, condiciones materiales, existencia y costos de servicios;
- c) *trabajo*: actividad, ingresos, condiciones laborales de cada uno de los miembros trabajadores;
- d) presencia de *activos productivos*, propios o ajenos;
- e) *educación*: tanto la escolaridad del núcleo conyugal como los años de estudio de los hijos, así como las estrategias desarrolladas en torno a la educación y la valoración de la misma;
- f) *salud*: presencia de enfermedades en algún miembro del hogar, implicaciones de las mismas en cuanto a costos, cuidados y capacidad para el trabajo y la generación de ingresos; y
- g) *redes sociales*: intra y extra-domésticas.

Considerando todos estos elementos, fue posible identificar cuáles constituían fuentes de vulnerabilidad del hogar y cuáles se presentaban como fortalezas, lo cual permitió elaborar un diagnóstico sobre el nivel de vulnerabilidad del hogar, pudiendo éste ser bajo, medio, alto o muy alto.

Los estudios de caso pueden ser organizados de la siguiente manera: son siete rurales, tres urbanos y cuatro semi-urbanos. De los 14, diez son beneficiarios y cuatro nunca han formado parte del Programa. Entre los primeros diez encontramos una baja, cinco beneficiarios “estándar” y cuatro hogares

<sup>2</sup> Es necesario mencionar que la reconstrucción del escenario del hogar al momento de ser incorporado al Programa no fue siempre un objetivo de las evaluaciones, pues éste podía variar de un año a otro. En la gran mayoría de los casos seleccionados, esta reconstrucción existe de manera explícita; en aquellos que carecen de una descripción sistemática de este momento, la reconstrucción ha sido posible a través de una lectura retrospectiva de la situación de dicho hogar elaborada por la investigadora, complementada con la información proporcionada por Oportunidades.

que han transitado al EDA. Finalmente, de estos nueve hogares que aún se encuentran vinculados con Oportunidades, encontramos que, salvo un caso urbano, incorporado a finales del año 2002, el resto fue incluido en el padrón entre 1997 y 1999, por lo que se puede decir que llevan en promedio ocho años de exposición al Programa.

## HIPÓTESIS

Dado que la literatura señala a la etapa de expansión del ciclo doméstico como una de las que implica mayor vulnerabilidad (Escobar y González de la Rocha, 2001; 2002b; González de la Rocha, 1986; 1991; 2000; 2001) por las razones arriba indicadas, la lectura y análisis de los estudios de caso estuvieron orientados por la siguiente reflexión: las condiciones de vulnerabilidad al momento de la incorporación a Oportunidades no fueron las mismas para todos, a pesar de tener la fase del ciclo doméstico como característica común. Surgen entonces dos preguntas rectoras: *¿cuáles son los elementos que permiten superar o que empeoran las dificultades propias del ciclo?* y *¿qué papel ha jugado la pertenencia al Programa en este sentido?*

Resulta evidente que no todos los hogares transitan por esta etapa con igual soltura o dificultad y que el saldo al concluir este período tampoco es el mismo. Si bien existen situaciones complejas innegables en cada momento de la historia familiar, el peso específico de la etapa doméstica que se transita —la expansión en este caso— está determinado por su interrelación con otra serie de elementos que configuran la organización del hogar, tanto en términos domésticos como extra-domésticos.

Es decir, el ciclo doméstico no constituye un elemento de vulnerabilidad *per se*; si actúa en contra o a favor del bienestar del hogar dependerá de su relación con otras características del mismo. Este trabajo plantea que un mismo factor que puede actuar en contra del bienestar de un hogar, puede favorecer a otro; el signo de su influencia será determinado por la manera particular en que dicho factor se articule con el resto de los elementos que

componen el hogar.

Lo mismo ocurre con la presencia de Oportunidades en los hogares beneficiarios, cuyo impacto dependerá de cómo se interrelacione con el resto de los recursos del hogar. En este sentido, y como lo señala la introducción de este volumen, un mayor aprovechamiento del Programa implicaría que la exposición al mismo lograra efectos a mediano y largo plazo en alimentación, salud, educación —áreas de incidencia directa— o en mejoras a la vivienda, robustecimiento de las redes sociales —áreas de incidencia indirecta— de sus beneficiarios, en aras de romper la trayectoria circular de la pobreza y evitar su tránsito intergeneracional. Un menor aprovechamiento o impacto ocurriría en casos en los que los incentivos del Programa fueran utilizados únicamente en acciones inmediatas, de corto plazo, orientadas a la sobrevivencia diaria, lo cual si bien no es poca cosa, no cumple el objetivo ulterior de Oportunidades.

La estructura del texto es la siguiente. En primer lugar, se ahonda en la definición e implicación de la etapa de expansión del ciclo doméstico desde una perspectiva teórica. Enseguida cada uno de los hogares es descrito en términos de su composición sociodemográfica, su relación con Oportunidades y su nivel de vulnerabilidad. Después serán expuestos los elementos de la matriz de vulnerabilidad que, en la lectura y análisis de la información proporcionada por los estudios de caso, resultaron relevantes para explicar el nivel de vulnerabilidad del hogar, vale decir, aquellos factores que, incrustados en la fase de expansión del ciclo doméstico, construían escenarios de precarización o fortalecimiento de las condiciones de vida del grupo familiar. Se explicará cuáles elementos de dicha matriz no incidieron de manera relevante en el análisis y por qué. Finalmente, y a manera de conclusión, se analizará la participación de Oportunidades en los escenarios construidos en el apartado anterior, determinando cuáles fueron los contextos que favorecieron su aprovechamiento y cuáles pudieron haberlo impedido.

---

## CICLO DOMÉSTICO Y FASE DE EXPANSIÓN

### *El ciclo doméstico y sus fases.*

Las etapas en las que se divide el ciclo doméstico, como lo plantea González de la Rocha (1986, 1994), son construcciones analíticas que buscan sistematizar el conjunto de experiencias y expectativas –biológicas, económicas, demográficas, culturales y sociales– que podrían caracterizar a un grupo doméstico en un momento particular contenido en una trayectoria histórica de evoluciones y retrocesos.

Dado que el desarrollo de los hogares no suele ser lineal ni caminar siempre en un mismo o único sentido, es común encontrar traslapes entre una fase del ciclo y otra (González de la Rocha, 1986: 18).

Empero, cada una de ellas reúne un conjunto de características que permiten de manera más o menos clara identificar por cuál de ellas transita el grupo doméstico con mayor intensidad.

### *La fase de expansión.*

La literatura muestra diversas caracterizaciones de la fase de expansión. Hay quien considera que ésta inicia cuando nace el primer hijo y termina con el nacimiento del último (Schiavoni, 2002); otros plantean que esta fase comienza con la constitución de la pareja y finaliza cuando concluye la edad fértil de la mujer, –alrededor de los 40 años– y uno de los hijos comienza a trabajar (González de la Rocha, 1986). En este estudio se ha adoptado esta última definición como criterio para identificar los hogares a analizar.

Si bien cada una de las fases del ciclo presenta rasgos particulares en los diversos ámbitos de desarrollo del grupo doméstico que permiten determinar su nivel de vulnerabilidad o de bienestar, la expansión de una familia supone las dificultades propias de todo comienzo. Los hogares que se encuentran en esta etapa deben preocuparse por establecerse físicamente y equiparse para su propia reproducción contando con escasa fuerza para el trabajo tanto asalariado como doméstico. A los requerimientos de instalar una vivienda deberán

sumarse las exigencias de la procreación: los partos, vestido, calzado, un buen número de enseres infantiles, pañales, alimentos especiales y un largo etcétera.

Los hogares nucleares en expansión conformados por el núcleo conyugal e hijos muestran, típicamente, una distribución tradicional de los roles (Schia-voni, 2002: 192). El padre asume el trabajo productivo como su actividad principal y hace un uso intensivo de su fuerza de trabajo. La situación de la madre, en cambio, resulta un tanto paradójica: por un lado, su participación en el trabajo doméstico resulta fundamental pues en ella recae la responsabilidad de la crianza de los hijos y las labores reproductivas del hogar. Por otra parte, en un panorama de precarización laboral en el que un solo ingreso no logra satisfacer todas las necesidades de la familia, la participación femenina en la generación de ingresos también se vuelve imprescindible ante la falta de fuerza de trabajo alternativa (González de la Rocha, 1986: 18). Así, si bien es frecuente que mujeres que trabajaban de manera asalariada antes de unirse dejen de hacerlo una vez casadas, también es común encontrar que un buen número de mujeres trabajadoras pertenezcan a hogares que se encuentran en la fase de expansión (González de la Rocha, 1986: 54).

Conforme el tiempo pasa y los hijos crecen, estos inician sus trayectorias educativas y el rumbo de los recursos se orienta hacia este fin, además de a la subsistencia cotidiana. Las etapas educativas tempranas –preescolar, primaria– en el sector público mexicano, si bien permiten ahorrar gastos de colegiaturas, implican una serie importante de erogaciones en uniformes para diversas ocasiones, nutridas listas de útiles escolares, reducidas pero constantes cuotas “voluntarias”, transporte cuando se requiera. Aunque podrían parecer gastos tolerables en comparación con las exigencias de otros niveles educativos, para un hogar de escasos recursos y con un proveedor único, la educación de los pequeños puede convertirse en una importante fuente de presión económica.

Por otra parte, los hogares en expansión formados por miembros jóvenes y generalmente sanos, presentan gastos reducidos en salud, aunque la primera infancia en muchos casos puede ser problemática, sobre todo

cuando, dadas las mismas condiciones de pobreza, los niños presentan rasgos de desnutrición que los predisponen a varias enfermedades aun desde el embarazo (Escobar y González de la Rocha, 2001; 2002b).

Una vez que la pareja deje de procrear, ya sea por decisión propia o como parte de un proceso biológico natural, la fase de expansión concluirá hasta que al menos uno de los hijos se encuentre en capacidad de trabajar y aportar ingresos económicos al hogar, contribuyendo así a disminuir el desequilibrio antes referido. Lo anterior no implica necesariamente que haya concluido la expansión, pues es probable que aún existan hijos pequeños por criar, lo cual es común en familias muy numerosas.

En este momento es frecuente encontrar que la madre ingresa, se reincorpora o intensifica su participación en el mercado de trabajo, generalmente de manera informal, sobre todo en actividades que pueda realizar desde su vivienda, pues encuentra que ahora que los hijos han crecido y trabajan dentro o fuera de la casa, cuenta con un poco más de tiempo para diversificar sus actividades y generar ingresos (González de la Rocha, 1986; 1994; Jelín y Feijoó, 1983).

La descripción anterior presenta un panorama muy general que ha sido posible construir a partir de la sistematización de hallazgos observados en diversos estudios realizados en torno al grupo doméstico bajo el enfoque del ciclo doméstico. Empero, es importante tener en cuenta en todo momento que la imagen que se pueda elaborar a partir de esta abstracción no puede permanecer estática, pues la naturaleza dinámica de la organización familiar y del entorno mismo impide la limitación a marcos rígidos de análisis.

Sin perder esto de vista, la literatura ha sido capaz de identificar no sólo las dificultades propias de los hogares en esta etapa, sino también las estrategias que estos instrumentan para sortear estos y otros obstáculos.

#### *Estrategias de sobrevivencia en la fase de expansión.*

Ante un entorno que presenta condiciones cambiantes que violentan la vida doméstica, los hogares instrumentan estrategias específicas –ya sea de mane-

ra proactiva o reactiva— que les permitan movilizar los recursos a su alcance en la estructura de oportunidades que les corresponde y, así, obtener los activos necesarios para su subsistencia. Existen, según la literatura especializada, dos tipos de estrategias: las reproductivas y las de sobrevivencia. Las primeras se encargan de garantizar la reproducción del grupo doméstico a largo plazo; las segundas, en cambio, constituyen respuestas inmediatas ante contingencias del entorno (González de la Rocha, 2000: 10). En contextos donde las condiciones para la generación de ingresos y la subsistencia cotidiana sufren procesos constantes de precarización, en ocasiones se vuelve difícil distinguir entre un tipo de estrategia y otra, pues las respuestas de corto plazo que surgieron en algún momento pueden prolongarse de manera indefinida y terminan por ser incorporadas a la organización familiar. Empero, es importante señalar que las respuestas que logran disminuir el impacto de una situación dada no duran para siempre y las posibilidades son finitas, pues éstas existen en función de los recursos con los que cuente el hogar. Como señala González de la Rocha (2000: 11), una estrategia es tal en tanto los hogares tengan la posibilidad de elegir, capacidad que, en el caso de los pobres se muestra sumamente limitada.

El problema fundamental que plantea la fase de expansión en términos de vulnerabilidad, y al cual las familias intentan responder, es el desequilibrio existente entre el número de proveedores disponibles y el de consumidores. Al ser el primero mucho más reducido que el segundo, la alta razón de dependencia<sup>3</sup> resultante implica serias dificultades para que las necesidades básicas del núcleo sean cubiertas de manera satisfactoria (González de la Rocha, 1986; 1994). Este problema no se limita a la obtención y distribución de recursos económicos; la escasez de fuerza de trabajo disponible también impacta la carga de trabajo doméstico. Por lo anterior, la etapa de expansión del ciclo doméstico es reconocida como la

<sup>3</sup> Cociente derivado de la división del número de miembros del hogar, es decir, los consumidores, sobre el número de perceptores de ingresos.

que conlleva una sobrecarga de responsabilidad depositada en los adultos (Schiavoni, 2002: 168).

Ante esta situación, los hogares que atraviesan esta etapa realizan diversas acciones que buscan paliar las desventajas de su configuración. Entre éstas se pueden señalar algunas que se dividen en dos grupos: aquéllas que buscan aumentar los ingresos y las que están orientadas a disminuir los gastos.

Entre las primeras encontramos, por principio y casi como regla general, la intensificación del uso de la fuerza de trabajo, tanto la que ya era laboralmente activa, como la que pueda incorporarse. Es común observar que el jefe aumente el número de horas de trabajo o busque un empleo que ofrezca salarios más altos, aunque implique mayor esfuerzo físico, pues el trabajo de los jóvenes pobres se relaciona estrechamente con las actividades manuales (González de la Rocha, 1986: 72-73).

Por otra parte, a pesar de lo limitado de la fuerza de trabajo y al mismo tiempo debido a ello, la participación de cualquier otro miembro en posibilidades de trabajar de manera asalariada será indispensable. En el caso de las mujeres-madres, su participación estará condicionada por una serie de arreglos domésticos a los que deberán llegar para combinar sus tareas productivas y reproductivas. En los hogares más pobres la fuerza de trabajo infantil también deberá utilizarse, lo cual no se asocia necesariamente con el abandono de la trayectoria escolar. En estos casos, los ingresos femeninos e infantiles complementan los masculinos, más que substituirlos (Moser, 1996; González de la Rocha, 1986).

Otra estrategia claramente vinculada con la anterior es el uso productivo de la vivienda (Moser, 1996; González de la Rocha, 1986). En el caso de las familias jóvenes, aunque dicha actividad se registra con frecuencia, se pueden observar los siguientes contratiempos para instrumentarla. En primer lugar, es frecuente que los jóvenes habiten casas que no les pertenecen y de las cuales no pueden disponer a voluntad. En segundo lugar, la exigencia de atención de los hijos, del trabajo doméstico y ahora del asalariado, resulta extenuante y poco viable. Por último, las viviendas de los hogares jóvenes y pobres, fre-

cuentemente no cuentan aún con el equipo necesario para hacer un uso productivo del mismo.

La migración en busca de mejores oportunidades de trabajo también es una estrategia observada en los hogares en expansión, hecho que modifica la fase del ciclo doméstico, ante la ausencia, generalmente, del jefe-cónyuge, pues su temprana ausencia del hogar detiene o posterga el crecimiento de la familia.

Ahora bien, los hogares jóvenes —en especial los rurales— buscan residir en el mismo predio que la familia de origen de alguno de los cónyuges (“*nesting*”), cuyos padres les confieren una parte del solar para que establezcan su propia vivienda (Moser, 1996: 50). Si bien este arreglo generalmente no incluye un presupuesto común que aumente la base de contribuyentes, sí permite que el intercambio de recursos no económicos se dé con mucha mayor intensidad, lo cual resulta muy útil para las madres de niños pequeños que requieren trabajar de manera asalariada y así cuentan con alguien que cuide de sus hijos.

En el caso de las estrategias para reducir los gastos, encontramos cambios y restricciones en la dieta alimenticia (González de la Rocha, 1991); algunos padres privilegian la dieta de los más pequeños y reservan para ellos el consumo de frutas, verduras y leche, mientras que los adultos consumen alimentos de mucha menor calidad. Asimismo, se reduce el gasto en productos que no son esenciales y, en general, se reduce el gasto total (Moser, 1996).

Por otra parte, aunque no es una práctica exclusiva de los hogares en expansión, el uso de crédito para la adquisición de artículos es común entre los hogares jóvenes, quienes recurren a este sistema tanto para equipar su hogar como para hacerse de accesorios y enseres infantiles en pagos diferidos (Zaffaroni, 1999: 108). Esto ocurre siempre y cuando cuenten con ingresos estables que les permitan ostentarse como sujetos de crédito, pues de otro modo, deberán recurrir a otros métodos para obtener lo necesario.

Cuando no es así, las redes sociales, como en todas las etapas de la vida de las familias, resultan esenciales en la provisión de bienes y servicios (Moser, 1996; González de la Rocha, 1986; 2000).

Finalmente, los hogares en expansión, dado que deben hacer uso de todos los recursos a su alcance, deben renunciar, por lo menos temporalmente, a la posibilidad de ahorrar, a pesar de que esta etapa parecería el mejor momento para hacerlo (González de la Rocha, 2000).

Hasta este momento se ha hecho una revisión de los elementos que la literatura ha identificado como parte de la caracterización de la fase de expansión del ciclo doméstico, tanto en términos de las dificultades que implica, como de las estrategias instrumentadas. A partir de este punto las hipótesis y planteamientos teóricos desarrollados serán confrontados con el análisis que permita la información etnográfica seleccionada para este estudio.

#### 14 ESTUDIOS DE CASO, 11 LOCALIDADES

Un elemento fundamental a considerar en el análisis de la vulnerabilidad de los hogares es el entorno político, social, económico, cultural e incluso ecológico al cual están incorporados. La llamada *estructura de oportunidades*, conformada por las tres estructuras básicas del orden social, mercado, Estado y sociedad, representa el medio del cual los hogares obtienen los recursos, bienes y servicios necesarios para garantizar su subsistencia a través de, precisamente, la movilización de dichos recursos en la mencionada estructura (Kaztman, 1999). Como puede observarse, se trata de un proceso dialógico en el que hogares y estructura de oportunidades resultan indisociables.

A continuación se describe de manera sucinta la situación de los núcleos domésticos analizados en cada comunidad, con el fin de comprender la naturaleza de los recursos que poseen y las posibilidades de su movilización en aras de su propia subsistencia. Se señala también el nivel de vulnerabilidad encontrado a partir del análisis de cada grupo doméstico.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Por cuestiones de espacio resulta imposible narrar a detalle la compleja organización doméstica de cada hogar. Es importante aclarar que, aunque no sean mencionados en la presentación del hogar, el diagnóstico sobre el nivel de vulnerabilidad consideró todos los elementos mencionados en el apartado metodológico.

Las localidades a las que pertenecen los hogares estudiados en este texto se distribuyen en tres regiones del país: norte, centro y sur. Las comunidades de trabajo en el norte son: La Coruña (Francisco I. Madero, Coahuila), de donde se extraen dos casos; Basconcobe, (Etchojoa, Sonora), con un caso a analizar y Cañada Ancha (Ramos Arizpe, Coahuila), de donde se toman dos casos.

Las localidades del centro son: Arteaga (Arteaga, Michoacán); Santa Inés (Landa de Matamoros, Querétaro); El Mango (Jungapeo, Michoacán) y Nochistlán de Mejía (Nochistlán de Mejía, Zacatecas). De cada una de estas comunidades se toma un solo caso para el análisis.

Por último, del sur del país se estudian las siguientes comunidades: Coacotla (Cosoleacaque, Veracruz), con dos casos; Cerro del Indio (Cuajinicuilapa, Guerrero), con un hogar; Villahermosa (Villahermosa, Tabasco), con otro, y Tuxtla Gutiérrez (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas), con uno más.

Tres de las localidades aquí referidas son urbanas –Tuxtla Gutiérrez, Villahermosa y Nochistlán de Mejía–; tres más son semi-urbanas –Arteaga, Basconcobe y Coacotla– y el resto –La Coruña, Cañada Ancha, Santa Inés, El Mango y Cerro del Indio– son rurales.

### *Los hogares del norte*

*Fidelia y Jorge / Basconcobe, Etchojoa, Sonora / Hogar no beneficiario.*

El hogar lo componen el núcleo conyugal, Fidelia (29 años de edad) y Jorge (29), la madre de Fidelia, Espiridiona (58) –dueña de la vivienda– y los cuatro hijos de ambos (diez, ocho, cuatro y dos). Este grupo doméstico es extenso y de jefatura masculina. La pareja tiene cuatro años de escolaridad promedio, mientras que la abuela es analfabeta. Los dos hijos mayores acuden a la primaria. Jorge es trabajador por cuenta propia como albañil o jornalero agrícola; Fidelia trabaja un día a la semana como empleada doméstica sin la total anuencia de su esposo. Espiridiona dejó de trabajar hace poco tiempo, a partir de una crisis de salud. Los ingresos monetarios mensuales promedio son de 2,000 pesos. El nivel de vulnerabilidad de este hogar es *muy alto*.

*Dianira y José Luis / La Coruña, Francisco I. Madero, Coahuila / Hogar beneficiario.*

Hogar extenso en tres generaciones, de jefatura masculina. Conformado por José Luis (34) y Dianira (32).<sup>5</sup> Tienen cinco hijos (14, 12, diez, siete y seis). También reside con ellos Simón (70), padre de José Luis y dueño de la vivienda. El núcleo conyugal acumula, en promedio, tres años de escolaridad, mientras que el abuelo cursó dos. Los cinco hijos son estudiantes de primaria y secundaria. José Luis trabaja formalmente como ordeñador de vacas en un establo y tiene experiencia migratoria nacional. Dianira se dedica al trabajo doméstico de manera exclusiva, aunque tiene trayectoria laboral. Simón es ejidatario pensionado. Los ingresos monetarios mensuales promedio del hogar ascienden a 3,600 pesos. El nivel de vulnerabilidad del hogar es *alto*. Cuentan con Oportunidades desde 1998. Reciben dos apoyos a la alimentación —uno para Dianira y otra para Simón—<sup>6</sup> y tres becas educativas.

*Alma y Emilio / La Coruña, Francisco I. Madero, Coahuila / Hogar beneficiario.*

El hogar es nuclear, de jefatura masculina declarada, pero femenina en términos económicos. La pareja la conforman Alma (33) —dueña de la vivienda— y Emilio (36). Tienen tres hijos (13, diez y cuatro); dos estudiantes y uno en vía de ingresar al nivel preescolar. Alma cuenta con 12 años de educación formal, Emilio tiene seis. Emilio trabaja esporádicamente como jornalero o albañil. Es alcohólico y generalmente no contribuye con ingresos al hogar, lo cual constituye una fuente importante de conflicto intra-doméstico. Alma cuenta con un empleo formal como dependiente de una tienda de autoservicio en la cabecera municipal. Sus ingresos son los que sostienen al hogar. En promedio, estos alcanzan los 2,100 pesos mensuales. Si Emilio aporta, estos pueden ascender a 2,600 pesos en el mismo período. El nivel de vulnerabilidad es *medio*. Cuentan con Oportunidades desde 1998; reciben el apoyo a la alimentación y dos becas educativas.

<sup>5</sup> Se unieron cuando tenían 15 y 14 años de edad, respectivamente.

<sup>6</sup> La esposa de Simón era titular del Programa. Cuando falleció, Simón logró que le transfirieran el apoyo a él.

*Elvira y Evaristo / Cañada Ancha, Ramos Arizpe, Coahuila / EDA.*

Hogar nuclear de jefatura masculina conformado por Elvira (34) y Evaristo (36). Tienen dos hijos (nueve y ocho meses); la primera estudia la primaria, nivel que ninguno de los padres concluyó. Residen en una vivienda dentro del solar del padre de Evaristo. El jefe trabaja haciendo ladrillo, labor inestable, estacional, informal y mal pagada. Elvira, aunque cuenta con experiencia laboral como empleada doméstica, por el momento no trabaja fuera del hogar pues el cuidado de sus hijos se lo impide. Los ingresos monetarios promedio ascienden a 2,800 pesos por mes. El nivel de vulnerabilidad del hogar es *alto*. Han sido beneficiarios de Oportunidades desde 1997 y transitaron al EDA entre finales del 2003 y principios de 2004. Antes de esta fecha debieron haber recibido una beca educativa, pero por alguna irregularidad no sucedió así. Ahora ya no reciben transferencia monetaria alguna por parte del Programa.

*Lourdes y Prisciliano / Cañada Ancha, Ramos Arizpe / Coahuila / EDA.*

El núcleo conyugal lo conforman Lourdes (27) y Prisciliano (31). Ambos han procreado a tres hijas (11, siete y dos años). Tanto ella como él cuentan únicamente con la primaria terminada; sus dos hijas mayores cursan actualmente dicho nivel. El único proveedor de dinero es Prisciliano; Lourdes se dedica de manera exclusiva al trabajo reproductivo, aunque también acumuló experiencia laboral durante su soltería. Las condiciones materiales de este hogar han mejorado sustantivamente desde hace tres años, a partir de que el jefe logró colocarse en un empleo formal dentro de la comunidad. Los ingresos monetarios mensuales oscilan entre los 2,800 y 4,000 pesos. El nivel de vulnerabilidad del hogar *medio*. El hogar ingresó al Programa en 1997. En 2004 transitó al EDA. Este caso, como el anterior de la misma comunidad, también debió haber recibido una beca de primaria que nunca llegó. Dentro del EDA no le corresponde ninguna transferencia económica.

*Los hogares del centro**Filomena / Arteaga, Arteaga, Michoacán / No beneficiario.*

Hogar nuclear, de jefatura femenina por separación de cónyuge. Lo componen Filomena (30) y sus cuatro hijos (14, diez, ocho y cuatro): la mayor estudia la secundaria y los dos siguientes la primaria. Filomena, con sólo un año de primaria, se auto-emplea en actividades caracterizadas por su informalidad e irregularidad: lava ropa ajena, asea casas, prepara cenas. Sus ingresos semanales son a todas luces insuficientes para pagar la renta de la casa donde viven y mantener a su familia, pues apenas ascienden a los 700 - 800 pesos mensuales. El padre apoya con dinero exclusivamente a la hija mayor, quien se encarga de administrarlo a su antojo (200 pesos mensuales). A raíz de esto, la niña ha tomado partido por su padre, adoptando una actitud de franca rebeldía ante su madre, quien se queja de su desobediencia y de su prácticamente nula participación doméstica. El nivel de vulnerabilidad de este hogar es *muy alto*.

*Beatriz y Pedro / El Mango, Jungapeo / Michoacán / Beneficiario.*

Este hogar es nuclear, de jefatura masculina. Está conformado por Beatriz (32) y Pedro (37), y las dos hijas de la primera (13 y nueve) ambas estudiantes de primaria. Beatriz cuenta sólo con un año de educación. En el transcurso del año anterior a la visita de campo, Beatriz había enviudado y se unió dos meses después a Pedro. Lo anterior parece ser una estrategia para evitar asumir la jefatura del hogar. El jefe actual trabajaba vendiendo muebles en varios estados y además como jornalero temporal en la comunidad; ambas labores son sumamente inestables y mal remuneradas. Los ingresos monetarios del hogar se encuentran alrededor de los 3000 pesos mensuales. El nivel de vulnerabilidad del hogar es *alto*. Cuentan con Oportunidades desde 1999. Al momento de la entrevista recibían el apoyo a la alimentación y dos becas educativas.

*Patricia y Francisco / Santa Inés, Landa de Matamoros / Querétaro / Beneficiario.*

Hogar extenso conformado por el núcleo conyugal, Francisco (44) y Patricia (30), los cuatro hijos de ambos (11, seis, cinco y un año); el hijo (15) de Patricia –producto de una relación previa– y una hermana de ella (15). Francisco es analfabeta; Patricia parece haber terminado la secundaria. Los tres hijos mayores y la hermana de Patricia acuden a la primaria; todos tienen trayectorias educativas reprobatorias. Francisco trabaja como auxiliar de albañil o jornalero. Patricia trabaja bordando fundas para almohadas y servilletas; además, presta sus servicios como cargadora junto con sus hijos obteniendo cantidades ínfimas. Los hijos también se han integrado a actividades “asalariadas”, hacen mandados y entregan mensajes a cambio de dinero que entregan a su madre. Los ingresos monetarios oscilan entre 2,000 y 2,200 pesos al mes. Parece que el jefe no es un proveedor eficiente, lo cual provoca conflictos entre la pareja y descuido hacia los hijos. La vulnerabilidad es *my alta*. El hogar ingresó a Oportunidades en 1998. Reciben apoyo alimenticio, dos becas educativas y complemento alimenticio.

*Ramona y Ramón / Nochistlán de Mejía, Nochistlán de Mejía, Zacatecas / EDA.*

Este hogar es nuclear. Lo conforman Ramón (34) y Ramona (33). Tienen dos hijas (12 y nueve), ambas estudiantes. Tanto Ramón como Ramona son proveedores de ingresos y comparten las decisiones y la participación en torno a la organización doméstica, por lo que se considera que la jefatura es compartida. Ambos se dedican a la venta de alimentos preparados: él tacos, ella gorditas. Las ganancias no son necesariamente bajas pero sí irregulares; además son actividades que requieren inversiones diarias que merman lo ganado. Los ingresos oscilan entre los 6,600 y 7,000 pesos.<sup>7</sup> El nivel de vulnerabilidad es *bajo*. El hogar ingresó a Oportunidades en 1999. En 2003 transitaron al EDA y desde entonces no reciben transferencias monetarias por parte del Programa.

<sup>7</sup> Sin descontar la inversión.

*Los hogares del sur*

*María Isabel y Esteban / Coacotla, Cosoleacaque, Veracruz / Baja.*

Este hogar tiene una estructura nuclear y una jefatura masculina. El núcleo conyugal lo componen María Isabel (23) y Esteban (42). Tienen cuatro hijas (ocho, seis, cuatro y dos). La madre es analfabeta y el jefe sólo terminó la primaria; sólo la hija mayor acude a la escuela. El único que trabaja de manera asalariada es el jefe, pero en empleos eventuales como albañil o jornalero, además de tener su cultivo de autoconsumo en una parcela rentada. Tiene experiencia migratoria nacional. María Isabel nunca ha trabajado a cambio de paga; ahora, dice, sus hijas le impiden dejar la casa. Los ingresos monetarios mensuales van de 1,400 a 1,600 pesos. La vulnerabilidad del grupo doméstico es *alta*. El hogar contó con Oportunidades a partir de 2001. Recibía transferencias económicas por apoyo a la alimentación hasta que a principios de 2003 fue dado de baja por incumplimiento de corresponsabilidades.

*Marina y Antonio / Coacotla, Cosoleacaque, Veracruz / No beneficiario.*

El hogar es nuclear, de jefatura masculina, conformado por Antonio (28) y Marina (26). Tienen dos hijas (dos y dos meses). Los dos padres acumulan siete años y medio de educación. El jefe es electricista pero tener oficio no le ha asegurado un empleo fijo, por lo que ha elaborado una estrategia de migración laboral nacional por temporadas para mantener a su familia.. Marina no realiza labores extra-domésticas pues la edad de sus hijas se lo impide. Los ingresos ascienden a 2,500 o 3,200 pesos mensuales. El nivel de vulnerabilidad es *medio*.

*Simona y Antonino / Cerro del Indio, Cuajinicuilapa, Guerrero / EDA.*

Hogar extenso de jefatura masculina. El núcleo conyugal lo conforman Antonino (33) y Simona (29). Tienen tres hijos (12, diez y tres meses). Hace

poco tiempo se integraron al hogar los padres de Antonino,<sup>8</sup> quienes se encontraban en Estados Unidos enviando remesas a su hijo. Antonino y Simona acumulan once años de escolaridad en promedio. Sus dos hijos mayores son estudiantes de primaria. Instalaron un negocio de abarrotes en su vivienda; Antonino, además, trabaja el campo junto con su padre y tienen cabezas de ganado. El grueso de los ingresos proviene de la agricultura pues la tienda es un negocio reciente. Las percepciones monetarias mensuales se encuentran alrededor de los 4,500 - 5,000 pesos. Reciben 1,800 pesos anuales por parte de Procampo. El nivel de vulnerabilidad es *bajo*. Cuentan con Oportunidades desde 1998; en 2003 transitaron al EDA, perdiendo toda transferencia monetaria.

*Ulda y José Manuel / Villabermosa, Tabasco / No beneficiario.*

Hogar nuclear, de jefatura masculina, formado por Ulda (31), José Manuel (29) y Yahír (tres meses). Ella tiene formación profesional como educadora, mientras que él estudió hasta el primer año de secundaria. José Manuel es el único receptor de ingresos monetarios; tiene un empleo seguro aunque mal remunerado que, sin embargo, parece dar gran tranquilidad al hogar sobre todo por el acceso a la seguridad social. Desde que se casó Ulda no ha ejercido su profesión; eventualmente lava ropa de familiares a cambio de 50 pesos. Los ingresos mensuales ascienden a 2,000 pesos. El nivel de vulnerabilidad es *medio*.

*Bertha y Aquiles / Tuxtla Gutiérrez, Chiapas / Beneficiario.*

Hogar extenso, de jefatura masculina, conformado por Bertha (29) y Aquiles (26). Tienen dos hijos (siete y dos). Además, vive con ellos el padre de Bertha, Gabriel (61). Sólo el mayor de los hijos acude a la primaria. El núcleo conyugal acumula diez años de escolaridad promedio. En el hogar existen

<sup>8</sup> Sólo se cuenta con la edad de Víctor, padre de Antonino, quien tiene 51 años; el dato de la edad de la madre no está disponible. tigadora, complementada con la información proporcionada por Oportunidades.

dos fuentes principales de ingresos monetarios: el trabajo de Aquiles y el de Gabriel, el primero como aportación regular, el segundo como contribución. Empero, en el presente etnográfico, el jefe se encontraba desempleado, por lo que los ingresos del abuelo se volvieron fundamentales. Cuando Aquiles trabajaba los ingresos ascendían a 5,000 pesos; sin su empleo las percepciones quedan en 1,600 pesos al mes. Aun así, el nivel de vulnerabilidad del hogar es bajo. Fueron incorporados a Oportunidades en el 2003; cuando fueron entrevistados recibían el apoyo para la alimentación.

#### FACTORES DE VULNERABILIDAD Y POTENCIALIDAD

La hipótesis que orienta el curso de este texto, si bien no contradice la premisa general planteada en la investigación, intenta complementarla. Aquella refiere que la etapa de expansión es un momento de alta vulnerabilidad en los hogares pobres, dado el marcado desequilibrio entre proveedores y consumidores. Aquí se añade que esta inestabilidad puede ser agudizada o resuelta a partir de la articulación particular que muestren otros factores que intervienen en la organización del hogar. Más aún, este trabajo plantea que el mismo factor que ha fortalecido las condiciones de vida del hogar puede volver a otro aún más vulnerable. El interés está en describir cuáles son las características del entorno doméstico que le hacen actuar en uno u otro sentido. Del mismo modo importa saber si dichas características facilitan o complican la asimilación de estímulos externos como el Programa Oportunidades.

En párrafos anteriores fueron referidos los elementos considerados para el análisis de las condiciones de vulnerabilidad de los hogares. Entre ellos, cinco han destacado por su innegable incidencia, para bien o para mal, en el nivel de vulnerabilidad del hogar. Estos son: 1) la composición del hogar exclusivamente en términos de su *tamaño y estructura*; 2) la *estructura ocupacional* del hogar y su relación con la existencia de *activos productivos*; 3) las condiciones de la *vivienda*; 4) las *relaciones intra-domésticas*, definidas aquí como el *clima*

*familiar*, y 5) el estado de las *redes sociales* que el núcleo doméstico mantiene con su entorno.

Como puede observarse, algunos elementos contemplados para el análisis de la vulnerabilidad de los hogares han sido excluidos pues no resultaron significativos para el análisis. Lo anterior no pretende insinuar que no formen parte sustantiva en la exploración de la vulnerabilidad, sino que en el caso particular de las unidades domésticas estudiadas, estos elementos no provocaban alteraciones en la organización social de los hogares vistos en conjunto. Se trata de tres factores: a) la *jefatura* del núcleo doméstico, b) la *salud* de sus miembros y, finalmente, c) el *clima educativo* acumulado por el hogar.

#### *La jefatura.*

Entre los estudios de caso analizados encontramos 11 jefaturas masculinas, dos femeninas y una que se puede entender como compartida. La proporción resulta extremadamente desigual para pretender ser concluyente en este sentido (ver Castañeda en este volumen). Sobre este punto sólo nos detendremos a mencionar que no se encontraron elementos para hablar de una mayor vulnerabilidad en los dos hogares encabezados por mujeres. El diagnóstico fue de alta vulnerabilidad para una (Filomena, en Arteaga) y media para la otra (Alma, La Coruña).

Al analizar las características que derivaban en dicho diagnóstico, se encontró que éstas no eran muy distintas de las que se encontraban en hogares donde el hombre era cabeza de familia pues tanto hombres como mujeres se empleaban en actividades escasamente remuneradas, con ninguna o pocas prestaciones, contaban con niveles de escolaridad entre bajos y regulares, residían en viviendas precarias de las cuales ni siquiera eran dueños, mantenían relaciones intra-domésticas conflictivas, etc.

La jefatura femenina aumentaba la vulnerabilidad de un solo caso, el de Alma, en La Coruña, pero esto ocurría precisamente porque no estaba del todo sola, ya que su cónyuge –alcohólico, autoritario y generalmente desempleado– seguía perteneciendo al hogar.

De los dos hogares con jefatura femenina, el de Alma era el único con Oportunidades. Dada su actividad extra-doméstica, habría sido muy complicado cumplir con sus corresponsabilidades si no contase con su madre, a quien se le permitía llevar a los niños a consulta médica y asistir en nombre de su hija a las pláticas de salud.

### *La salud.*

Salvo un estudio de caso, el resto de los hogares manifiesta no contar con problemas graves de salud, más allá de eventuales cuadros respiratorios en los niños, los cuales no consideran de gravedad y son resueltos vía automedicación o acudiendo a unidades de salud públicas o privadas —sobre todo ante la certeza de la inexistencia de medicamentos en las primeras.

Si bien existían historias sobre episodios críticos de salud acaecidos a los hijos cuando estos eran aún muy pequeños —incluso recién nacidos— o padecimientos físicos acontecidos a los padres en algún momento, la narración analítica de los estudios de caso daba cuenta de hechos que por sí mismos no habían resultado significativos para la comprensión de la vulnerabilidad de los hogares —como un malestar crónico — degenerativo o un accidente con secuelas permanentes—; en todo caso, resultaban útiles en la medida en que mostraban los mecanismos utilizados por las familias para resolver problemas que podían no ser exclusivamente de salud. En el caso de los hogares beneficiarios, pertenecer al Programa no había incidido de manera alguna en el tratamiento de dichos padecimientos.

El único caso donde la salud de un miembro representa un problema es el de Fidelia, no beneficiaria de Basconcoabe. El miembro enfermo de este hogar extenso es la abuela,<sup>9</sup> quien a partir de que padece diabetes ha visto mermadas sus capacidades para el trabajo doméstico y extra-doméstico, lo cual provoca que deje de aportar ingresos y sólo los consume. Además, au-

<sup>9</sup> Miembro cuya edad la aleja de la fase de expansión del hogar en conjunto.

menta la carga de trabajo doméstico de su joven hija, quien ahora cuida a sus hijos pequeños y a su madre.

*El clima educativo.*

Un hallazgo hasta cierto punto previsible en los hogares en expansión es que el nivel de educación formal adquirido por el hogar en conjunto no sea muy alto, considerando que los hijos apenas comienzan sus carreras educativas y que, generalmente, los padres provienen de contextos de escasa educación formal.

La mayoría de los infantes pertenecientes a estos hogares se encontraban estudiando la primaria –los más– y la secundaria –los menos. Sólo dos grupos domésticos no tenían hijos estudiando, pues estos eran aún demasiado pequeños.<sup>10</sup>

La educación básica y media básica son reconocidas por los padres como niveles sencillos de proveer pues, por encontrarse generalmente dentro de la misma comunidad, no representan gastos o esfuerzos excesivos. Así lo refiere la gran mayoría de los hogares, independientemente de su estatus con respecto al Programa. Quienes contaban con él referían que aun sin tenerlo sus hijos estudiarían la primaria e incluso la secundaria; lo mismo referían los jefes de hogares no beneficiarios. En ambos casos, lo que parecía ser aún más importante era la voluntad del niño o niña por seguir estudiando, la cual en muchos casos –con o sin beca– menguaba.

La escolaridad de los padres no encuentra eco en sus oportunidades laborales, pues incluso quienes contaban con más años de estudio accedían a los mismos empleos que quienes acumulaban pocos años. En todo caso, la diferencia entre unos y otros radica en las expectativas educativas que albergan para su descendencia. Los más educados desean que sus hijos los superen con creces; en contraste, los padres menos instruidos muestran in-

<sup>10</sup> Ninguno de los dos hogares era beneficiario.

certidumbre e incluso desinterés. Ellos —la mayoría—, a pesar de seguir un discurso normativo, consideran que dadas las oportunidades de empleo que ofrece el contexto inmediato, la secundaria terminada será suficiente.

De cualquier manera, resulta claro que el momento de expansión del hogar resulta aún demasiado prematuro para el análisis de trayectorias educativas consolidadas que logren impactar de manera significativa la calidad de vida de las familias, a través de una colocación ventajosa en el mercado de trabajo. En este momento se cuenta solamente con los antecedentes educativos familiares y un cúmulo de intenciones que, en el mejor de los casos, podrán materializarse. Cabría esperar que en los hogares que cuentan con Oportunidades, el Programa coadyuve a ello.

Hasta aquí han sido descritos los elementos que, para el caso particular de esta discusión, se considera que no modifican sustantivamente la vulnerabilidad y la organización doméstica de los hogares. A continuación se presentan los factores que en el análisis sí demostraron su influencia en ambos sentidos, ya sea fortaleciendo o debilitando la configuración de la vulnerabilidad en el hogar.

### *Composición: tamaño y estructura*

#### *La estructura.*

La literatura señala que la “extensión” de los hogares, vale decir, la incorporación de nuevos elementos al hogar —consanguíneos o no—, constituye una estrategia que permite una mayor generación de ingresos y una distribución menos extenuante del trabajo doméstico. Sin embargo, el resultado en varios casos han sido hogares con muy bajos ingresos per cápita, altas tasas de dependencia, así como cargas excesivas de trabajo doméstico, todo lo cual ubica a los hogares extensos como los más pobres entre los pobres (Moser, 1996: 50).

Empero, parece lógico suponer que la influencia positiva o negativa que pudiera tener el tránsito de una estructura nuclear a una extensa, depende de las características del miembro que “extiende” al hogar. Como podrá notarse en el caso de los “hogares dona”, discutidos en este volumen (véase Triano

en este volumen), no es lo mismo incorporar a un niño que no genera ingresos sino que los consume, que acoger a un individuo joven, en disposición de aportar su trabajo tanto asalariado como doméstico.

El caso de los hogares extensos en expansión discutidos aquí –cinco de un total de 14– presenta un panorama interesante. Salvo uno solo, todos los hogares extensos lo son en tres generaciones; es decir, los miembros que provocan el cambio de estructura son los abuelos, quienes conviven con sus hijos y los hijos de estos. La excepción es el hogar de Patricia, en Santa Inés, cuya familia de procreación ha recibido a una hermana suya.

En el resto de los casos –cuatro– encontramos que los hijos residen con sus padres, no precisamente como parte de la llamada fase de “reemplazo” del ciclo doméstico, en la que los hijos toman la batuta del cuidado y los bienes de los padres cuando estos ya no son activos (González de la Rocha, 1986: 22), sino que siguen siendo los hijos quienes se ven beneficiados de las condiciones materiales que pueden proveer los abuelos, e incluso de su fuerza laboral y los ingresos monetarios que ésta aporta.

Sólo el caso de Espiridiona, madre de Fidelia (Basconcoabe) aumenta la vulnerabilidad del hogar debido a su enfermedad crónica y su incapacidad para el trabajo; sin embargo, es importante mencionar que esta crisis es más o menos reciente y que por mucho tiempo el hogar se ha beneficiado de su presencia, pues no sólo trabajaba y aportaba ingresos, sino que también proporciona la vivienda donde todos residen.

Tanto el hogar de Bertha y Aquiles (Tuxtla Gutiérrez), como el de Simona y Antonino (Cerro del Indio) y el de Dianira y José Luis (La Coruña) muestran ventajas importantes al contar con la presencia de los abuelos, cuyas edades oscilan entre los 65 y 70 años de edad. Si bien las necesidades de consumo y el trabajo doméstico en estos hogares sería menor si fuesen nucleares, es muy probable que ninguno de los hogares jóvenes hubiese podido proveer a su propio núcleo doméstico de las condiciones materiales de vida de las que gozan gracias a los abuelos, en el relativamente corto tiempo que tienen de existir.

En los dos primeros, los abuelos aún trabajan y aportan ingresos; los padres de Antonino incluso, yendo contra toda tendencia, trabajaron por varios años en los Estados Unidos para enviar remesas a su hijo con el fin de que éste construyera un patrimonio para su propia familia. Ambos casos presentan niveles bajos de vulnerabilidad, a los cuales la presencia de los abuelos ha contribuido.

En el caso de Diania y José Luis, el abuelo ya no trabaja pero aporta su pensión como ejidatario, además de la vivienda en donde todos habitan y los activos productivos que ha ido acumulando a través de su ya larga vida. El hogar presenta alta vulnerabilidad, pero ésta se debe a otros factores independientes al abuelo quien, antes bien, gracias a su pensión y bienes, permite que la situación no empeore.

La información proporcionada por estos hogares parece indicar que los hogares jóvenes encuentran claras ventajas al asociarse con sus viejos, pues estos les proveen de un patrimonio material –vivienda, tierras, equipo doméstico– que ellos quizás aún no han sido capaces de construir. Si además, como sucede en tres casos de los cinco extensos, los abuelos aportan no sólo sus activos sino su trabajo e ingresos, la situación se vuelve aún más próspera. Aunque es cuestión de tiempo que el flujo de ayudas y contribuciones se vaya debilitando conforme los abuelos continúen envejeciendo, el resto de los miembros y el hogar como conjunto también lo hará, con las consecuentes ventajas que implica el tránsito a etapas más avanzadas del ciclo doméstico.

Con lo anterior no se pretende concluir que la situación de estos hogares sea mejor que los nucleares por el simple hecho de ser extensos, pues muchos de los primeros presentan también casos de bonanza que no necesariamente son atribuibles a la estructura. En todo caso, se intenta demostrar que hay escenarios en los que la extensión de un hogar realmente puede favorecerle.

*El tamaño.*

En lo que concierne al tamaño del hogar, no queda más que corroborar lo que parece obvio y se ha convertido en la premisa que sintetiza la política de planificación familiar del país: la familia pequeña, en efecto, vive mejor. Hogares con estructuras laborales semejantes en precariedad e inestabilidad, que viven en condiciones materiales preocupantes, con núcleos conyugales que cuentan con escasa escolaridad, pero con una diferencia importante en el número de miembros que los componen, demuestran que quienes han tenido menos hijos cuentan con un margen mayor de planeación y distribución de los escasos ingresos que quienes han procreado familias numerosas.

Una vez más, acudimos a Dianira y José Luis para ejemplificar lo anterior. Se unieron cuando tenían 14 y 15 años de edad, respectivamente, y 18 años después, tienen ya cinco hijos. Su numerosa descendencia ha impedido que su trabajo sirva para algo más que la subsistencia cotidiana, por lo que la acumulación de activos productivos ha sido imposible —y es aquí que el abuelo se ha vuelto tan importante— y ahora se encuentra en jaque la continuidad escolar de los hijos mayores, pues no pueden sostener simultáneamente los estudios de todos.<sup>11</sup>

Además, sin vivir en condiciones de hacinamiento, la distribución de los miembros en la casa del abuelo ha sido complicada; la atención a problemas de salud también se dificulta, provocando que los malestares de algunos hijos se posterguen por asistir los de otros. Sobra decir que la carga de trabajo doméstico concentrada en la madre es por demás excesiva, lo cual le impide trabajar de manera asalariada como en algún tiempo intentó.

<sup>11</sup> La familia contaba con Oportunidades y, por lo tanto, con becas educativas para los hijos mayores —una mujer y un varón—, quienes se encontraban estudiando el nivel medio básico. La posibilidad de interrumpir la trayectoria escolar de alguno de los hijos —potencialmente, la niña— surge a partir de que Dianira observó que algunas familias eran dadas de baja o transferidas al EDA. Esto generó temor en la titular, quien comenzó a imaginar cómo harían en un futuro si llegaran a perder el apoyo del Programa, concluyendo que no podrían proporcionar estudios a todos sus hijos, por lo menos no de manera simultánea.

En contraste, Antonio y Marina, de Coacotla, habían conformado un hogar de cuatro miembros hasta el momento de ser entrevistados. El tamaño de su familia permitía al jefe explorar posibilidades de empleo fuera de la comunidad dejando el hogar a cargo de su esposa. Lo que ganaba, si bien no permitía lujos, alcanzaba para subsistir y cubrir los gastos en enseres especiales para las niñas pequeñas. Marina confiaba en que dentro de pocos años podría comenzar a trabajar en la confección de ropa, pues contaría con más tiempo para hacerlo una vez que sus hijas hubiesen crecido. Por lo pronto, la pareja había decidido no tener más hijos.

Esteban y María Isabel, en Coacotla, y Francisco y Patricia en Santa Inés, con cuatro y cinco hijos, respectivamente,<sup>12</sup> presentan un panorama distinto. Estos casos, además, manifiestan la presencia de conflictos conyugales provocados por dificultades en la satisfacción de las necesidades, que han derivado en separaciones temporales. Es probable que éstas terminen por ser definitivas; en ese caso, quien asuma la responsabilidad de los hijos –seguramente la madre– se verá en serias dificultades para proveerles de lo necesario.

En cambio, cuando una familia es pequeña, incluso estos horizontes de futuro adverso son menos preocupantes. Así sucede con Ulda y José Manuel, de Villahermosa. Hasta el momento del trabajo etnográfico sólo tenían un hijo de meses; era probable que no tuviesen más pues el embarazo había sido complicado. La pareja también presentaba antecedentes de conflictos, incluso un episodio de violencia. Ulda, a diferencia de sus congéneres en los hogares arriba referidos, se sentía capaz de sostener a su hijo por sí sola en caso de separación; ser solamente dos alentaba en la madre la posibilidad de dejar el hogar cuando dejara de sentirse cómoda dentro de él.

#### *Trabajo y activos productivos acumulados.*

La capacidad para el trabajo remunerado ha sido señalada como el recurso más importante de los individuos pobres, el único que poseen en abundancia

<sup>12</sup> En ambos casos cabe destacar la notable diferencia entre las edades de los varones (42 y 44) y las de sus cónyuges (23 y 30).

(Moser, 1996: 32). En torno a su adecuada movilización en una estructura de oportunidades dada se generan la mayoría de las estrategias que los hogares instrumentan para obtener ingresos monetarios. Esto implica que los recursos internos del hogar sean organizados de tal forma que se ajusten a las exigencias del mercado de trabajo y permitan la inserción de sus miembros al mismo (González de la Rocha, 1986; 1994).

En el caso del trabajo remunerado el ciclo doméstico también juega un papel fundamental, pues determina en gran medida el grado de intensidad con el que la fuerza de trabajo de un hogar podrá ser movilizada (Filgueira, 1999: 218). Más aún, la fase del ciclo de vida en la que se encuentra un hogar influye, incluso, en la naturaleza de los trabajos a los que sus miembros podrán tener acceso (González de la Rocha, *op. cit.*: 72-73).

Como la literatura lo señala –y como lo confirma el análisis de los estudios de caso aquí examinados– los hogares pobres se caracterizan por mantener un vínculo precario con el mercado laboral derivado, en buena medida, de su escasa educación formal. Esta debilidad se traduce en bajas remuneraciones, inestabilidad, desempleo y –dado el incremento de la participación en actividades informales– nexos inexistentes con las instituciones de seguridad y política social. La naturaleza de este vínculo contribuye al aumento de la brecha entre los trabajadores calificados y no calificados, hecho que genera la polarización del mundo del trabajo y alienta procesos de segregación (Kaztman y Retamoso, 2005).

#### *Estructura de oportunidades.*

Todas las localidades visitadas –tanto urbanas, como semi-urbanas y rurales– se caracterizan por contar con un complicado panorama laboral. El campo atraviesa por un profundo y persistente proceso de deterioro que ha obligado a sus habitantes a diversificar sus actividades productivas, dedicándose por cuenta propia a labores informales, fundamentalmente manuales, que

realizan sobre todo en localidades vecinas de mayor tamaño, o emigrando a destinos nacionales e internacionales.<sup>13</sup>

En el caso de las localidades urbanas encontramos que, si bien la mayoría de los hogares tiene o ha tenido acceso a empleos formales, su experiencia no ha resultado del todo exitosa, pues su bajo nivel de calificación les impide aprovechar la estructura de oportunidades de una manera adecuada. Generalmente ocupan puestos eventuales y escasamente remunerados aunque una ventaja importante para ellos consiste en el acceso a instituciones de seguridad social.

#### *Participación laboral y razón de dependencia.*

En lo que concierne a los factores internos que moldean la movilización del recurso trabajo en los grupos domésticos, nos referiremos por principio a la participación laboral, es decir, el número de miembros del hogar que realizan trabajo extra-doméstico.

En los hogares en expansión, dada la escasa fuerza de trabajo disponible, generalmente sólo una o dos personas se dedican al trabajo extra-doméstico.<sup>14</sup> En los núcleos con dos trabajadores, estos pueden ser ambos cónyuges, o bien, el jefe varón y el abuelo. Así lo demuestran los casos de Bertha y Aquiles, en Chiapas y el de Antonino y Simona en Guerrero. En estos dos hogares los abuelos varones aún participan activamente en el mercado de trabajo y aportan parte de sus ingresos al hogar que conforman junto con sus hijos y nietos. Así ocurría también en Basconcobe, donde la madre

<sup>13</sup> Las comunidades rurales visitadas en Coahuila son una excepción en este panorama, pues en éstas se detecta la presencia más o menos reciente de empresas que se han establecido en o muy cerca de ellas, convirtiéndose en fuente importantes de empleo para la gente de la comunidad. Se trata de maquiladoras, establos lecheros, granjas ganaderas, agrícolas y porcícolas que si bien no se caracterizan por sus altas remuneraciones, ofrecen acceso a seguridad social y otras prestaciones, lo cual influye de manera importante en el bienestar de las familias.

<sup>14</sup> Sólo un caso cuenta con tres trabajadores, el de Antonino y Simona en Guerrero; aquí laboran ambos cónyuges y el abuelo.

de Fidelia aportó –además de vivienda y activos productivos– su fuerza de trabajo hasta que una crisis de salud se lo impidió. En el caso de Dianira y José en Coruña, si bien el abuelo Simón ya no trabaja, sí recibe ingresos por concepto de pensión como ejidatario y con ellos contribuye a la economía familiar. Esto refuerza la idea de que, bajo ciertas condiciones, la presencia de los abuelos en un hogar joven resulta de mucha utilidad.

En casi todos los hogares examinados se encontraron mujeres con experiencia laboral, ya sea que se encontraran trabajando en el momento de la visita etnográfica o que hubiesen desarrollado actividades asalariadas antes de casarse. Estas últimas refieren haber dejado sus empleos al unirse con sus parejas y comenzar, casi inmediatamente, con la crianza de los hijos.

El discurso sobre las dificultades para trabajar cuando los hijos son aún demasiado pequeños es claro y rotundo, demostrando que la fase del ciclo doméstico por la que estos hogares atraviesan sin duda representa un obstáculo en lo que a la generación de ingresos se refiere. Así lo indican dos testimonios de mujeres entrevistadas. En ambos casos, resulta interesante la intervención de los cónyuges en la decisión de permanecer en casa, dedicada al trabajo reproductivo. En el caso de Marina: “Antonio nunca le ha pedido que trabaje. [Ella] afirma que a veces, ‘de pura curiosidad le he dicho ‘oye, me gustaría trabajar’ pero me dice, y pues sí es cierto, que ahorita con las niñas no puedo, ‘mientras yo puedo pues yo lo hago’. Y pa’ que más la verdad yo tengo miedo así... de trabajar” (Villagómez, 2003a).

A María Isabel “su esposo no le ha pedido que trabaje; al contrario, ha desalentado la iniciativa de María Isabel para hacerlo, argumentando que no puede abandonar a las hijas, ‘van a andar sucias, maltratadas’. Le dice ‘con el poquito que yo gane, mucho, mucho no vas a tener, pero vas a ver de a poquito’. Dice que por eso no puede dejar la casa (...)” (Villagómez, 2003b).

Por su parte, el grueso de las mujeres trabajadoras actuales pertenecían a hogares caracterizados por la ausencia o precariedad de otras fuentes de ingresos monetarios a parte de su propio trabajo, lo cual podía ocurrir cuando 1) no había pareja –como en el caso de Filomena–, 2) si la había, se negaba

a destinar recursos al hogar —el caso de Alma o Patricia—, o 3) los ingresos del jefe no eran suficientes para sostener a la familia —los hogares de Simona, Fidelia y Ramona.

Estos hogares contaban con la presencia de personas distintas a la madre participando en el trabajo doméstico. Los hijos mayores —entre los 11 y 14 años—, los abuelos corresidentes e incluso los cónyuges varones realizaban tareas domésticas, lo cual permitía que la carga de trabajo de la madre disminuyera, aunque ésta siguiera participando en todas las actividades, tanto productivas como reproductivas.

Las mujeres cuentan con redes familiares que les proveen cuidados para sus hijos pequeños, ya sea que se trate de abuelos —co-residentes o no—, hermanas con hogares aparte, sus propios cónyuges o los hijos mayores. Manifiestan no sentirse cómodas dejando a sus hijos al cuidado de terceros, pero su situación les parece apremiante.

Por otra parte, encontramos que la razón de dependencia de los hogares en expansión resulta, en efecto, poco conveniente para la mayoría de ellos: mientras que el número de perceptores no rebasa a dos en la mayoría de los casos,<sup>15</sup> el número de consumidores llega incluso a ocho o nueve (los hogares de Patricia y Dianira, respectivamente; ambos con alto niveles de vulnerabilidad). De nuevo encontramos que, en contextos de precariedad laboral y bajos ingresos monetarios, una familia grande dificulta mucho la adecuada distribución de los escasos recursos al interior del hogar, lo cual provoca la insatisfacción de un buen número de necesidades y aumenta la presión del grupo doméstico por aumentar su base de trabajadores aun en condiciones inadecuadas.

#### *Tipos de trabajo y condiciones laborales.*

González de la Rocha (1986, 1994) esbozó una tipología de las actividades productivas a las cuales los individuos pertenecientes a hogares urbanos te-

<sup>15</sup> De nuevo, salvo Antonino y Simona.

nían acceso a lo largo de su vida. En esta clasificación, a los miembros de los grupos domésticos en expansión correspondían actividades fundamentalmente manuales, que requerían un importante esfuerzo físico y que, por lo general, dadas sus exigencias, eran relativamente mejor remuneradas que otras. Este tipo de trabajos parecían satisfacer las demandas de un hogar en esta fase, pues la escasa fuerza de trabajo disponible debía ser aprovechada al máximo en labores que reeditaran lo suficiente para sostener el establecimiento y expansión del hogar.

Si bien este análisis corresponde al entorno urbano, dichas condiciones pueden aplicar también en un medio semi-urbano o rural. Así lo demuestra el análisis de las condiciones laborales presentes en los hogares examinados en los tres contextos.

La abrumadora mayoría de los perceptores de ingresos monetarios son trabajadores por cuenta propia que se dedican a tareas de producción manual. En el caso de los hombres son jornaleros, albañiles, ladrilleros, vendedores de alimentos. Incluso quienes forman parte del sector formal en el medio rural –Presciliano y José, en Coahuila– se dedican a este tipo de tareas, pues desempeñan su trabajo en una empresa dedicada a hacer tarimas y un establo lechero, respectivamente. Por su parte, quienes son o han sido empleados formales en la ciudad –José Manuel en Villahermosa y Aquiles en Tuxtla Gutiérrez– ocupan puestos de bajo rango en empresas dedicadas a la producción de bienes y servicios: son supervisores de producción, choferes y cobradores.

Hay quienes, como Pedro (El Mango) y Antonino (Cerro del Indio), desarrollan tareas comerciales –el primero es vendedor comisionista e itinerante de muebles y el último es dueño de una incipiente tienda de abarrotes–, pero esto constituye más un esfuerzo por diversificar las actividades en tiempos difíciles que una especialización en el comercio, pues ambos combinan dichas actividades con el trabajo en el campo.

Todos estos hombres dedican un importante número de horas y energía al trabajo que realizan, esfuerzos que no se traducen en mejores ingresos. Lo

mismo sucede con el trabajo extra-doméstico de las mujeres. Como tendencia general se puede señalar que el trabajo desempeñado por las madres, se realiza por cuenta propia y consiste en una extensión del trabajo doméstico, en este caso para la venta. Trabajan como empleadas domésticas, lavando o planchando ropa ajena en sus viviendas, vendiendo alimentos preparados por ellas mismas. Sólo una de las cinco mujeres que desarrollaban actividades remuneradas en el presente etnográfico –Alma– lo hacía como empleada formal en una tienda de autoservicios.

Como puede verse, las actividades desempeñadas por las mujeres también se encuentran dentro del tipo manual. En el caso particular de las madres esto resulta preocupante, pues son labores que les exigen importantes esfuerzos físicos que no pueden ser suspendidos al llegar al hogar, pues ahí les espera el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos pequeños.

#### *Activos productivos.*

Un activo productivo que es utilizado por sólo tres de estos hogares es la vivienda, la cual en un caso es rentada, en otro prestada y en el último propia, gracias al apoyo brindado por los abuelos, padres del jefe.<sup>16</sup>

Tanto el hogar de Antonino como el de Ramón, y además el de Prisciliano, cuentan con automóviles propios que han adquirido en el transcurso de los últimos dos años. Los dos primeros le dan un uso relacionado estrechamente con su trabajo; Prisciliano, en cambio, se esforzó por comprarlo para que su familia contase con ciertas comodidades; aún así, el vehículo puede ser considerado como un activo que puede ser vendido en un momento crítico. En ningún caso Oportunidades ha tenido que ver con los procesos de adquisición de dichos activos productivos.

Resulta interesante que el resto de los hogares carezca de activos productivos propios. Los jefes de los hogares jóvenes ya no poseen tierras en el campo; trabajan las de sus padres y las de otras personas de la comunidad. El

<sup>16</sup> Los detalles del uso productivo de la casa se analizan en el apartado correspondiente a la vivienda.

equipo de sus viviendas —en ocasiones también provisto por los abuelos— no es suficiente o adecuado para darle un uso productivo.<sup>17</sup>

### *Ingresos monetarios.*

La mayoría de los hogares examinados comparten dos características en tanto la estructura de sus ingresos monetarios. En primer lugar, sus fuentes de ingresos son escasas, cuando no únicas, lo cual sucede en todos los grupos domésticos que nunca han sido beneficiarios del Programa, en aquel que fue dado de baja —María Isabel, en Coacotla— y en los que por haber transitado al EDA dejaron de recibir transferencias monetarias por parte de Oportunidades.<sup>18</sup> En estos hogares los ingresos monetarios provienen únicamente de la actividad extra-doméstica de él o los miembros trabajadores.

La adscripción a Oportunidades permite diversificar las fuentes de ingreso en los hogares beneficiarios que aún reciben transferencias, lo cual contribuye a disminuir su vulnerabilidad. Entre estos, además, se encuentran dos con una tercera fuente de recursos monetarios, una mensual por concepto de pensión y otra anual por parte del Programa de Apoyos Directos al Campo (Procampo). Cabe señalar que en estos dos núcleos domésticos, la tercera fuente de ingresos proviene de la trayectoria laboral y de los activos productivos, respectivamente, de los abuelos.

El segundo elemento que comparte la mayoría de los hogares es la irregularidad de los ingresos monetarios procedentes del trabajo extra-doméstico, tanto en los montos como en los períodos de las percepciones,<sup>19</sup> lo cual comporta un nivel importante de incertidumbre que aumenta la vulnerabilidad del

<sup>17</sup> Como podrá verse en párrafos siguientes, el Programa sí ha demostrado ciertos niveles de participación en la adquisición de mobiliario y equipo que no tiene uso productivo.

<sup>18</sup> Esto por no contar con estudiantes en nivel medio básico o medio superior.

<sup>19</sup> Por esta razón, el análisis sobre las percepciones monetarias de estos hogares debe ser tomado con cautela. Las cifras pueden estar por arriba o por debajo de la realidad tanto por la irregularidad ya referida, como por la dificultad para abordar este tema con los informantes y obtener información precisa. El dinero es, sin duda, un asunto delicado.

hogar en la medida en que limita su capacidad de respuesta ante eventos emergentes. De nuevo es notable que en los hogares beneficiarios la transferencia de Oportunidades se ha convertido en una fuente de certidumbre, pues a diferencia de lo que ocurre con los ingresos derivados del trabajo extra-doméstico, se conoce la fecha y el monto del dinero que se recibirá, lo cual les permite cierto margen para organizar los gastos y planear las deudas.

Los ingresos monetarios mensuales de estos hogares se mueven en un rango de 800 a 6,600 pesos, correspondiendo el más bajo a Filomena de Arteaga (no beneficiaria), y el más alto a Ramón y Ramona de Nochistlán (EDA urbano).<sup>20</sup> Los hogares que se encuentran en niveles de alta y muy alta vulnerabilidad coinciden en ser aquellos con menores percepciones monetarias mensuales.<sup>21</sup> Estos hogares muestran niveles de consumo que generalmente son apenas cubiertos con el dinero obtenido, lo cual anula toda posibilidad de ahorro. Éste fue encontrado sólo en los casos de Antonino y Simona y Ramón y Ramona, dos hogares con bajos niveles de vulnerabilidad.

En cuanto a la participación de las transferencias de Oportunidades en los montos de ingresos monetarios, dos escenarios resultaron claros. El primero ocurre en los hogares beneficiarios “estándar” —no EDA— durante el presente etnográfico, donde las transferencias monetarias del Programa constituían entre el 20 y 30 por ciento de los ingresos totales de los hogares. Se trata de grupos domésticos con ingresos, en efecto, muy bajos —entre 1,500 y 3,000 pesos mensuales—, donde existen dos o tres becarios distribuidos en primaria y secundaria. En estos hogares el impacto en términos monetarios del Programa es notorio.

<sup>20</sup> Es importante señalar que en ambos hogares, los estudios de casos indican severas dificultades para el cálculo de los ingresos dada la extrema variabilidad de los mismos. Es muy probable que sean mayores o menores.

<sup>21</sup> Se debe recordar que la vulnerabilidad no equivale a la pobreza. Esto significa que no todos los hogares vulnerables son necesariamente pobres (Moser, 1996: 24). Entre estos hogares se encuentran tres beneficiarios, una baja y uno transferido al EDA. El resto (tres) nunca han sido beneficiarios.

El segundo escenario lo conforman los cuatro hogares EDA de la población total aquí estudiada. Entre ellos, las transferencias de Oportunidades que les fueron retiradas al ser transferidos al Esquema no representaban más del 6 por ciento de los ingresos totales mensuales.<sup>22</sup> Esto no significa que necesariamente los hogares transitados al EDA percibieran mayores ingresos por su trabajo extra-doméstico; de hecho, el panorama entre estos cuatro grupos domésticos es desigual, pues entre ellos se encuentran los dos hogares con mayores niveles de ingreso y dos con percepciones bajas. La escasa participación del Programa se debe a que son hogares que perdieron 1) sólo el apoyo a la alimentación –los de menores ingresos– o 2) el apoyo a la alimentación y una beca de primaria –aquellos con mayores percepciones. Es decir, el Programa, en términos de aportaciones monetarias, resulta menos significativo en hogares muy jóvenes dentro de la fase de expansión, con hijos todavía demasiado pequeños como para ser becados por el Programa o en grados en los que los montos de las becas son menores.

Por el contrario, Oportunidades tiene un impacto notable en la estructura de ingresos de los hogares –no sólo en términos de montos, sino también de regularidad– cuando estos han avanzado más en la etapa de expansión y ya cuentan con un mayor número de hijos becarios en niveles educativos superiores, a los que corresponden cantidades mayores.

Finalmente, se debe mencionar que los hogares no beneficiarios son precisamente aquellos con los niveles de ingresos monetarios más bajos y, como ya fue referido, con los mayores niveles de vulnerabilidad. Es decir, se trata de posibles errores de exclusión.

<sup>22</sup> En uno de ellos, el de Lourdes y Presciliano, el porcentaje pudo haber sido mayor de no haber sufrido una situación irregular durante su pertenencia al Programa: su hija mayor, a pesar de ser “becable” durante dos años previos al tránsito al EDA, sólo recibió la beca en dos ocasiones, por lo que el impacto de Oportunidades durante ese lapso se vio seriamente disminuido.

*Condiciones de la vivienda.*

La precocidad y premura que caracterizan a las uniones entre los jóvenes pobres impiden en la mayoría de los casos que las parejas sean capaces de prever y acumular los bienes necesarios para su vida familiar por sí mismos, lo cual implica ciertos arreglos domésticos que bien pueden ser temporales o permanentes. Por lo anterior, analizar las condiciones de las viviendas de los hogares aquí estudiados es de suma importancia. En este apartado se dedicará especial atención a cuatro aspectos de la vivienda que se considerarán determinantes en términos de su vulnerabilidad o prosperidad: (1) la modalidad de acceso a la vivienda; (2) las condiciones generales de la misma —materiales, equipo, servicios y hacinamiento—; (3) el uso productivo que se pueda hacer de ella y (4) las condiciones bajo las que se han dado, de existir, los procesos de mejoramiento de la infraestructura doméstica.

*Modalidad de acceso a la vivienda.*

Encontramos que, en términos del acceso a la vivienda, los 14 hogares analizados se distribuyen en tres grupos: 1) el primero es el de quienes han logrado adquirir su vivienda de manera independiente, a través del esfuerzo del núcleo conyugal (cuatro hogares); 2) los que han tenido acceso a una vivienda —sea propia o no— gracias a la intervención de los padres de alguno de los cónyuges (ocho hogares); y 3) quienes no cuentan con vivienda propia, sino que habitan en casas rentadas o prestadas (dos hogares).

En el primer grupo, las formas observadas para obtener los espacios residenciales son dos: la compra del predio donde después se realizan trabajos prolongados de autoconstrucción, o bien, la adquisición de una vivienda barata y en condiciones materiales precarias la cual, aunque con el tiempo obligará a hacer mejoras, al momento de la compra su precio resulta ventajoso.

En estos casos resulta notorio que los cónyuges planearon con cierta anticipación la compra de su predio o vivienda y orientaron sus recursos hacia ese fin, ya sea que uno o ambos trabajaran de manera asalariada y aportaran dinero con este objetivo. Destaca que dos de estos casos son urbanos —Ulda

y José Manuel en Villahermosa y Bertha y Aquiles, en Tuxtla Gutiérrez— y sus predios se localizan en los que en algún momento fueron asentamientos irregulares, una modalidad de adquisición de la vivienda común entre los sectores empobrecidos del medio urbano.

Otro caso, ahora rural, corresponde a Alma, de La Coruña. Su situación muestra de manera clara cómo la propiedad de la vivienda constituye un elemento no sólo de certidumbre y de disminución de la vulnerabilidad, sino de poder. En este caso ella es la dueña de la casa. La adquirió tres años antes de ser entrevistada, con el fruto de su trabajo y ahorrando las esporádicas remesas que Emilio, su cónyuge, le envió durante su corta estancia en Estados Unidos. La casa se encuentra a un lado de la casa de sus padres y le costó nueve mil pesos. Emilio jamás ha estado de acuerdo y tanto él como su familia presionan a Alma para que venda la casa y se muden a otro espacio, quizás uno donde él sienta su autoridad menos disminuida.

El segundo grupo, el más nutrido, es aquel que contiene a los hogares cuya vivienda, propia o no, fue adquirida gracias a la intervención de los padres de alguno de los cónyuges. Las formas de apoyar a los hijos en este sentido son variadas, desde permitirles residir en la misma vivienda —hogares extensos en tres generaciones— y hacer uso de los bienes contenidos en ella, hasta heredarles —generalmente en vida— casas o predios que comparten con otros miembros de la familia de origen, vale decir, hermanos o primos, todos con sus propias familias de procreación (Moser, 1998: 10).

Los ocho casos que plantean esta situación corresponden a medios rurales o semi-urbanos. Dichos contextos parecen favorecer este tipo de arreglos gracias al acceso a mayores extensiones de terreno no sólo para la vivienda sino también para el trabajo y a la configuración particular de las redes familiares.

Si bien esta situación se plantea como una solución definitiva a la carencia inicial de vivienda de la novel pareja, que además aporta mayor fluidez e intensidad al intercambio de bienes y servicios con los parientes, llama la atención el deseo de algunas mujeres de tener un espacio propio, no sólo para independizarse de la familia, tener cierta privacidad y contar con un

patrimonio para los hijos, sino también porque implica la realización de una meta que forma parte fundamental de su proyecto de vida:

Lo que Elvira desea más fervientemente es tener una casa propia e insiste a su marido para que consiga un trabajo fijo que le dé acceso al seguro social y también a algún sistema de crédito para vivienda, ‘no hay nada como el lugar de uno, tener algo que dejarle a los hijos’. Ella observa el ejemplo de su hermana, cuyo esposo ha laborado por muchos años en la granja avícola y hace un mes consiguieron su casa en la cabecera y se mudaron para allá. Sin embargo, Evaristo no parece tan entusiasmado con la idea; parece tener ciertas reticencias para ingresar a un empleo regular, con horarios y normas fijas (Villagómez, 2005).

Por otra parte, resulta muy interesante encontrar que los padres y sus recursos siguen siendo un apoyo fundamental para la vida “independiente” de los hijos, aunque en términos normativos se esperaría que una vez que estos alcanzaran la adultez ayudaran a sus padres o, al menos, dejaran de depender de ellos. Finalmente, esto tiene cierta lógica, pues la prolongada vida de los padres, tanto biológica como productiva,<sup>23</sup> les ha permitido acumular más bienes y activos. Estos quizás terminarían por pertenecer a los hijos una vez que los padres muriesen, pero pareciera que la pobreza apremia a heredar en vida.

En este sentido, el apoyo en términos residenciales prestado por los padres a los hijos pudiera ser visto como una inversión que los primeros hacen con el fin de garantizar las condiciones para que los segundos les brinden cuidados cuando ya no puedan mantenerse por sí mismos, ya sea que vivan en la misma residencia o dentro del solar, al pendiente de ellos. Éste parece ser el caso de los padres de Antonino (Cerro del Indio, Guerrero) quienes además de cederle el predio donde se localiza su vivienda, durante los años que trabajaron en Estados Unidos enviaron remesas a su hijo para la construcción de la misma. A su regreso a la comunidad se integraron al núcleo doméstico hasta entonces conformado por Antonino, Simona y sus tres hijos.

<sup>23</sup> Esto, en términos demográficos, debe atribuirse al aumento en la expectativa de vida al nacer.

Finalmente tenemos al último grupo, aquel conformado por dos hogares sin vivienda propia ni apoyo de redes familiares. El tipo de arreglo residencial que podemos observar aquí tiene más que ver con una relación vertical, proveedor – cliente, que con redes de pares que se extienden en momentos de crisis. Por un lado tenemos a Filomena (Arteaga), quien renta su vivienda en 300 pesos mensuales y, por el otro, a Ramón y Ramona (Nochistlán) quienes viven en una casa prestada por su dueña –conocida de varios años atrás– a cambio de que la cuiden durante su ya prolongada ausencia.

Para Filomena, jefa de familia, no ser propietaria de la casa en la que vive representa un elemento de vulnerabilidad importante pues ello implica, además de la ausencia de un activo de esa naturaleza, una erogación mensual en renta que merma sus tan escasos ingresos y la imposibilidad de disponer del espacio como mejor convenga a sus intereses. Ramón y Ramona, en cambio, parecen bastante seguros de que no serán desalojados de la vivienda donde han residido por más de 13 años, pues su dueña reside en Estados Unidos y no tiene planes de volver. Son ellos quienes se encargan de pagar los impuestos prediales y esto, a decir de ellos, los convierte en los dueños efectivos del lugar.

#### *Condiciones generales.*

En el presente etnográfico cuatro caso de beneficiarios –todos rurales– residían en viviendas distintas a las que habitaban cuando fueron incorporados al Programa. Salvo un solo hogar, las casas anteriores presentaban mayores condiciones de precariedad, por lo que el cambio de residencia disminuyó la vulnerabilidad del grupo doméstico. Ninguna de las mudanzas tuvo que ver con factores asociados a Oportunidades, sino con situaciones vinculadas al apoyo de las redes familiares, materializadas a través de herencias o remesas que complementaban ahorros destinados al mejoramiento de la vivienda.

El único caso que aumentó su vulnerabilidad con el cambio de residencia fue el de Beatriz, residente de El Mango. A la muerte de su marido, ella adquirió una deuda que fue creciendo de manera exorbitante en cuestión de

meses y el único recurso que pudo movilizar para pagarla fue el predio donde se encontraba su vivienda. Después de la venta, la casa fue literalmente desmontada del solar y vuelta a construir con los mismos materiales en el predio de la madre de Beatriz. Este hecho crítico, sin duda, despojó a la familia de uno, si no *el* activo más importante con el que contaban.

En general, las condiciones materiales de los hogares estudiados son entre buenas y regulares. La mayoría de las casas han sido construidas con materiales sólidos como bloques de concreto o ladrillos en los muros, combinándolos con láminas de asbesto y madera en partes como el techo o los muros del baño o letrina. Los materiales que se utilizan cambian con la región del país y el uso de elementos naturales no necesariamente vuelve frágil a la construcción; los techos de palma de hoja larga y maderos han demostrado ser bastante resistentes en Coacotla, así como los que se hacen con lodo, paja y carrizo en La Coruña.

Existen, sin embargo, casas como la de Beatriz, en El Mango, hecha totalmente de madera deteriorada, techo de lámina de cartón y piso de tierra.<sup>24</sup> Si bien algunas viviendas requieren de reparaciones o sustitución de materiales, la de Beatriz y su familia es, sin duda, la que presentaba una estructura más endeble y precaria al momento de ser entrevistada.

El equipo con el que cuentan las casas va de regular a suficiente, e incluso, en algunos casos resulta notable la cantidad y naturaleza de los enseres domésticos, como en el caso de Bertha y Aquiles quienes cuentan con modular, televisión y DVD, o el de Antonino y Simona, que tienen dos camionetas. Su contraparte son, por ejemplo, Patricia y Francisco –Santa Inés– o María Isabel y Esteban –Coacotla– cuyos hogares se caracterizan por la ausencia de equipo doméstico básico. Los últimos sólo tenían una pequeña y vieja televisión blanco y negro, próxima a empeñarse.

<sup>24</sup> El desmantelamiento de la vivienda del predio donde se encontraba para cambiar la ubicación al terreno de la abuela no cambió las condiciones estructurales de la casa, pues se utilizaron los mismos materiales para su reconstrucción.

En cuanto a los servicios, el acceso a los mismos se encuentra claramente diferenciado por el grado de urbanización del lugar, aunque cabe decir que pertenecer a una zona urbana no es garantía de contar con servicios suficientes si se vive en un asentamiento irregular, como Ulda y José Manuel, quienes cuentan con muy pocos servicios de abastecimiento irregular y acceso incluso ilegal. Los hogares rurales se caracterizan por la falta de drenaje, pavimentación y red telefónica aunque, en general, todos cuentan con energía eléctrica, alumbrado público, por lo menos alguna caseta telefónica, recolección de basura. Pero tanto hogares urbanos como rurales comparten un problema que parece extenderse a lo largo y ancho del territorio nacional: el abastecimiento de agua potable. En todas las comunidades se acusa el acceso irregular a un recurso que evidentemente es cada vez más escaso y siempre necesario. Este elemento incide de manera importante en la organización doméstica, pues el acarreo o la acumulación de agua en botes que deben llenarse cuidadosamente durante las pocas horas que existe el líquido ciertos días de la semana, implica una disposición de tiempo y energía específica que complica la realización del trabajo doméstico en conjunto.

Finalmente, en cuanto al hacinamiento encontramos cuatro casos de consideración, en los que entre cuatro y siete personas buscan la manera de distribuirse en una sola habitación. La falta de espacio adecuado en las viviendas no sólo complica su limpieza y mantenimiento, sino que limita la privacidad de los miembros del hogar –lo cual es un problema importante cuando, por ejemplo, las niñas van creciendo– y facilita la generación de conflictos por el espacio y las pertenencias.

#### *Uso productivo.*

Moser señala que la vivienda, sobre todo si es propia, resulta un activo productivo primordial que, de ser movilizado con éxito, puede incidir de manera importante en la superación de la pobreza de un hogar, sin embargo, condiciona este éxito al debido acceso a los servicios y bienes adecuados para darle este tipo de uso (Moser, 1996: 47).

Son sólo tres los hogares donde se encontró que la vivienda tenía un uso productivo. Se trata de Filomena (Arteaga), quien lava y plancha ropa ajena y prepara alimentos para la venta en su vivienda; Simona y Antonino (Cerro del Indio), quienes instalaron en fechas recientes una tienda de abarrotes que ambos atienden en una de las habitaciones de la casa; y Ramón y Ramona (Nochistlán) quienes preparan en la vivienda tanto los tacos como las gorditas que ambos venden todos los días.

Como es posible esperar, las mujeres participan activamente en las labores productivas que se desarrollan dentro de la vivienda, las cuales, como ya ha sido referido, tienen mucho que ver con una extensión del trabajo reproductivo, en este caso para la venta. Es importante señalar que, atendiendo a la advertencia de Moser, si estas casas pueden ser usadas para otros fines que no sean estrictamente reproductivos, se debe a que se encuentran en buenas o muy buenas condiciones materiales, tanto de estructura como de equipo y servicios, todo lo cual permite llevar a cabo procesos de producción dentro de ellas.

La fase del ciclo doméstico también es importante para dar un uso productivo a la vivienda. En el caso de los hogares en expansión son numerosos los testimonios de mujeres que desearían realizar alguna actividad asalariada en casa, pues nada sería mejor que ganar algo de dinero mientras se está con los hijos, pero cuando estos son aún demasiado pequeños exigen tanta atención que la madre no encuentra la manera de cuidar de ellos, realizar las labores domésticas y, además, producir bienes o servicios para la venta. De ello dan cuenta clara Marina y Bertha –Coacotla y Tuxtla Gutiérrez. Ambas conocen el oficio de la costura y tienen máquinas de coser en sus casas. Ambas, también, desempeñaron esta actividad a cambio de pago cuando eran solteras, pero una vez comenzada su vida conyugal y reproductiva dejaron de hacerlo. Las dos, finalmente, querrían volverlo a hacer pero coinciden en que todo su tiempo y energía son absorbidos por sus hijos pequeños: “Desde que se casó Marina sólo ha hecho ropa para su familia; no les cobra pero les pide que le den el material, ‘pero así de que me vienen a dejar ropa no, porque con las niñas no se puede. A veces gente que me conoce por aquí (...) sí

me trae, pero yo no agarro por la niña [la más pequeña] y porque no me da tiempo. A veces ni la ropa mía alcanzo a hacer” (Villagómez, 2003a).

Bertha, por su parte “planea en un futuro trabajar más continuamente, cuando sus hijos estén más grandes ‘y se cuiden solos’, le gustaría impartir clases de costura o poner un taller en su hogar. No lo hace actualmente porque invierte gran parte del día en cuidar a la pequeña” (Zavala, 2003).

Es posible que la diferencia entre unos y otros hogares estribe, sobre todo en los casos de Ramón y Ramona y Antonino y Simona, en la intensidad de la participación de los hombres jefes en dichas actividades, lo cual permite a las madres delegar en ellos algunas de las responsabilidades domésticas que tradicionalmente se les adjudican a ellas.

#### *Procesos de mejoramiento de la vivienda.*

Como ya ha sido referido, cuatro familias beneficiarias ocupaban viviendas al momento de su incorporación al Programa distintas a las que se moraban en el presente etnográfico; en tres casos dicho cambio fue positivo, pero en otro la mudanza aumentó la vulnerabilidad del hogar (Beatriz).

Otros hogares –de hecho, todos menos el de Beatriz– también dieron cuenta de haber realizado modificaciones en la estructura de sus habitaciones, algunas más sencillas que otras, pero todas buscando mejorar las condiciones de vida de la familia. Estos cambios tenían que ver con reparaciones a los techos, colocación de piso de concreto sobre el de tierra, renovar la pintura de los muros, cambiar de estos la madera por bloques de concreto, adquirir enseres domésticos nuevos o, incluso, la construcción de una vivienda totalmente nueva, como en el caso de Cerro del Indio.

Se encontraron varios mecanismos para realizar estas modificaciones, pero ninguno está asociado a la presencia del Programa Oportunidades.<sup>25</sup> Los materiales necesarios y en algunos casos también la mano de obra pro-

<sup>25</sup> Si bien el análisis de estos hogares en particular parece apuntar hacia esta conclusión, en otros grupos domésticos estudiados a lo largo de las evoluciones cualitativas sí se ha registrado la participación directa o indirecta de Oportunidades en el mejoramiento de la vivienda.

venían, principalmente, del trabajo del jefe o jefa –en el caso de Alma–, el cual se complementaba en ocasiones con préstamos y ayuda de familiares, pensiones, remesas y la venta de activos, como la parcela que la madre de Fidelía (Basconcobe) tuvo que vender para poder fincar en su terreno la casa donde ahora viven todos.

Dos vías frecuentes para la adquisición de electrodomésticos fueron observadas: 1) los regalos hechos por familiares –sobre todo los padres–, quienes al renovar su propio equipo obsequiaban el usado al hogar en expansión; y 2) el uso del crédito para la compra de artículos, ya fuera con vendedores ambulantes o con tiendas departamentales. En estos casos, la regularidad de los ingresos económicos –provenientes tanto del trabajo extra-doméstico como de remesas e incluso las transferencias de Oportunidades– en el hogar resultaba importante en la medida en que permitía endeudamientos de corto y mediano plazo.

Otra manera de participar en estos procesos fue la llegada de programas sociales municipales de mejoramiento a la vivienda<sup>26</sup> en algunas comunidades rurales; estos apoyos consistían fundamentalmente en la entrega de concreto para pisos firmes y material para muros de concreto y ladrillo.

### *Relaciones intra-domésticas.*

Los hogares pobres en expansión tienden a vivir en circunstancias de particular tensión. A la difícil situación económica se añade la novedosa experiencia de la paternidad / maternidad, la intensa convivencia cotidiana no sólo con la pareja y los hijos sino también –dadas las circunstancias residenciales arriba expuestas– con la familia política, además de las nuevas exigencias y responsabilidades domésticas. Todo lo anterior puede afectar severamente la calidad de las relaciones interpersonales. De ahí que las situaciones de conflicto y violencia intrafamiliar presenten una incidencia notable entre los hogares más jóvenes (González de la Rocha, 1986: 26-27; Moser, 1998: 58).

<sup>26</sup> Se trata de programas no asociados a Oportunidades a los cuales los beneficiarios de éste también tenían acceso.

Sin querer insinuar que en los hogares donde los recursos son abundantes o suficientes no existen problemas e incluso violencia, es posible plantear que la pobreza aunada al conflicto intra-doméstico genera una dinámica circular en donde la complicada distribución de los recursos escasos genera situaciones que impiden que la familia se organice como un equipo que trabaja en pos de su sobrevivencia. Como refiere Zaffaroni: “la ruptura de normas que regulan la convivencia social, la agresión y el desconocimiento de los derechos generan temor, inseguridad, incrementan la vulnerabilidad y disminuyen la capacidad de las familias para utilizar otros recursos para satisfacer sus necesidades” (1999: 131).

Siete de los 14 casos analizados en este capítulo presentan situaciones conflictivas al interior del hogar. Se trata de hogares que se encuentran entre niveles medios y muy altos de vulnerabilidad. Si bien el clima familiar no es lo que determina exclusivamente su raquítrico bienestar, ayuda en gran medida a comprender porqué las familias no han podido mejorar su situación.

En seis de estos siete hogares los conflictos son más frecuentes y evidentes entre ambos miembros de la pareja, mientras que en el séptimo, el de Filomena —donde no hay cónyuge varón—, la fuente de tensión es la relación entre la madre y la hija mayor, una adolescente que se niega a reconocer la autoridad de su madre y a participar en la dinámica doméstica, lo cual permitiría que la madre pudiese desempeñar su actividad asalariada con más holgura.

Los conflictos entre las parejas tienen que ver con actitudes autoritarias por parte del jefe varón, frecuentemente asociadas a algún grado de alcoholismo. Las quejas que las mujeres entrevistadas expresaron<sup>27</sup> sobre sus maridos tenían que ver con la ineficiente provisión de recursos para la subsistencia del hogar, sea porque no entregaban dinero y lo gastaban en bebida,

<sup>27</sup> Casi la totalidad de los estudios de caso han sido elaborados con la participación, si no exclusiva, predominante de las madres- jefas, pues generalmente se les buscaba a ellas para conocer su relación con el Programa Oportunidades. Además, eran ellas quienes mostraban mayor disponibilidad para la charla, pues se encontraban frecuentemente en las viviendas mientras sus maridos salían a trabajar.

porque se conformaban con un trabajo mal remunerado o porque no tenían empleo y no parecían ávidos por encontrar uno nuevo. La participación de sus maridos en las faenas domésticas no parecía ser un tema relevante para estas mujeres; no estaban interesadas en reclamar que se les ayudara en casa, sino en que se trabajara con ahínco fuera de ella para que el hombre, en efecto, cumpliera con su tradicional papel de proveedor.

Sin embargo, a pesar de que las expectativas de estas mujeres se enmarcan dentro de un esquema tradicional de la división sexual del trabajo, resulta notable que quienes más incómodas se encuentran con este tipo de situaciones son, precisamente, las mujeres que trabajan o han llegado a trabajar de manera asalariada a lo largo de su vida, es decir, de quienes de algún modo divergen de dicho modelo.<sup>28</sup> Es el caso de Alma, quien sostenía el hogar con su trabajo y la ayuda de sus padres, o el de Fidelía, cuya pareja no estaba de acuerdo en que ella trabajase a pesar de la difícil situación del hogar. Ulda, quien con su trabajo participó activamente en la constitución del hogar, sufrió un episodio de violencia física alguna vez que su marido había tomado y, si bien pudieron solucionarlo a tiempo –demanda ante el DIF mediante–, ella manifiesta no sentirse del todo segura.

Es interesante que el primer refugio al que recurren las mujeres de estos hogares en busca de apoyo económico o emocional es la familia de origen. Ocurre, por lo tanto, una extensión del conflicto doméstico a otros personajes que forman parte de las redes del hogar. La inclusión de las familias extensas en los conflictos logra en contadas ocasiones disminuir la violencia o gravedad de los problemas; antes bien, termina por aumentar el alcance de los altercados. Sin embargo, los vínculos familiares son los únicos recursos que algunas mujeres tienen para sobrellevar estas situaciones.

<sup>28</sup> Es necesario aclarar que si bien las mujeres refirieron su malestar durante las entrevistas, ello no implica que asumieran una postura abiertamente crítica y de confrontación ante sus parejas. Los testimonios recogidos casi en calidad de confesiones contrastaban en algunos casos con la aparente sumisión o resignación que se observaba en la vida cotidiana de las familias, donde el varón ejercía su autoridad sin demasiada consideración de la opinión de su mujer.

En más de una ocasión, también, los lazos familiares serán una presión que buscará evitar la disolución del hogar, aun cuando ésta parezca la solución más viable (González de la Rocha, 1986), a pesar de que también resulta sumamente difícil de efectuar. De nuevo, es el caso de Alma, quien encuentra desconcertada múltiples razones para aún no haberse separado de su pareja:

La unión con Emilio le parece desafortunada pues padece su irresponsabilidad, negligencia, alcoholismo, maltrato y abuso por lo menos verbal ya que no habló de golpes. No sabe si separarse o no; primero dice que le preocupa no poder con los gastos económicos sola, cosa que de facto hace, después señala que le parecería difícil estar sin “el hombre” y, por último, dice que “le da pena” pensar en el destino de Emilio solo. Bromea con su hija respecto a volverse a unir con alguien, a lo que la niña pone una cara de terrible desaprobación, le dice que ya nadie la va a querer con tres hijos. A solas, parece que Alma lo considera seriamente (Villagómez, 2004).

La otra mitad de los casos, en cambio, muestra un clima familiar armonioso que ha permitido que la organización doméstica resulte efectiva. Estos hogares son, en general, los que registran niveles medios y bajos de vulnerabilidad y mayores ingresos. De nuevo, no sería correcto concluir que la calidad de las relaciones intra-domésticas sea el único factor que disminuye la vulnerabilidad del hogar pero, como se mostrará a continuación, resulta un elemento importante que evita que ésta aumente.

En la mayoría de estos hogares se observan varios elementos que parecen contribuir a la estabilidad del clima familiar, por ejemplo, un nivel educativo promedio alto, el cual parece incidir en una mayor participación masculina en las labores domésticas y en la toma conjunta de decisiones que atañen a la distribución de los recursos.

Un caso notable en este grupo es el hogar de Antonino y Simona. En esta familia el varón ha asumido un papel sumamente activo en la crianza de los hijos y en la atención del negocio familiar durante períodos clave, por ejemplo, a lo largo de los estudios profesionales de su mujer o en el

nacimiento de su hijo más pequeño. Esto no evitó que Simona participara en dichas actividades, acumulando una triple jornada —estudios, trabajo doméstico y extra-doméstico—, pero da cuenta de una disposición masculina poco común.

Lo mismo sucede en el hogar de Ramón y Ramona, donde el alto grado de participación de ambos cónyuges en actividades tanto domésticas como extra-domésticas, obliga a considerarlo como uno de jefatura compartida. La pareja ha logrado que la equidad en la distribución del trabajo se traduzca en una igualdad en el grado de autoridad al interior del hogar, hecho que se refleja en la negociación y consenso de las decisiones tomadas. Han logrado acuerdos que les permiten trabajar como un equipo y superar algunas de las dificultades de la fase de expansión, como la limitación en el uso de la fuerza productiva del hogar y la sobrecarga de trabajo doméstico para la mujer y asalariado para el hombre.

A manera de conclusión podría señalarse que la calidad de la relación entre el núcleo conyugal resulta fundamental en la construcción de bienestar durante la etapa de expansión. En un entorno donde los hijos son aún demasiado pequeños como para participar activamente en la generación de ingresos y toma de decisiones individuales y colectivas, la capacidad de los jefes para organizar al hogar no sólo como un ente funcional en términos económicos y sociales sino también afectivos, resulta fundamental para garantizar la continuidad del grupo doméstico —al menos en su forma original— y el sano desarrollo de cada uno de sus miembros.

Cuando esta condición no ha sido construida de manera adecuada y existen situaciones de “conflicto crónico”, es evidente que la decisión de separarse implica un cálculo que se complica durante esta fase del ciclo, pues las exigencias productivas y reproductivas del momento son demasiadas como para ser asumidas por una sola persona. A pesar de que las ventajas al eliminar una fuente de conflicto parecen obvias, generalmente la separación conyugal en la fase de expansión implica un costo que algunas mujeres no están dispuestas a pagar. Es probable que fases posteriores del ciclo doméstico faciliten este proceso.

*Redes sociales.*

La lectura analítica de las narraciones etnográficas permite asegurar que las redes sociales aparecen en todos los casos como una de las fortalezas de los hogares. Los relatos dan cuenta de situaciones de diversa naturaleza y gravedad en las que las redes extra-domésticas son un recurso que logra ser movilizado generalmente con éxito. Como es posible constatar en el caso de los arreglos residenciales, dichas situaciones pueden no ser emergencias pasajeras, sino situaciones prolongadas e incluso permanentes.

El intercambio cotidiano de ayudas y servicios con amigos, vecinos y familiares resulta en ocasiones imperceptible debido a lo enraizado que se encuentra dentro del abanico de estrategias de subsistencia que estas familias despliegan a diario. La investigación de campo permite observar que el préstamo de utensilios de cocina, de insumos para la preparación de alimentos, el intercambio de cuidados, el compartir servicios, gastos e incluso el solar o la vivienda, son maneras de paliar la inestabilidad de los hogares participantes en el intercambio, que la mayoría de las veces ya ni siquiera se conciben como apoyos especiales, sino como parte de arreglos tácitos.

En todos los grupos domésticos considerados las redes sociales juegan un papel importante aunque desde diferentes posiciones y con distintos grados de centralidad. La generalidad de los casos muestra que la tendencia entre los hogares en expansión es la de ser receptores más que proveedores de ayudas en sistemas de intercambio que definitivamente resultan indispensables en este momento de sus vidas familiares.

Además de la significativa intensidad del flujo de ayudas, otro rasgo que comparten estos hogares es la naturaleza de sus redes: en todos los casos, el intercambio más frecuente y significativo se da entre familiares cercanos, no sólo en términos del grado de parentesco, sino también de distancia física.

Los apoyos prestados son de diversa índole, pero los que destacan por obedecer a la fase del ciclo doméstico del hogar son, en primer lugar, los arreglos residenciales ya expuestos, en los que la nueva familia habita el predio o vivienda de algún familiar. En segundo lugar se encuentra el obsequio

de artículos electrodomésticos, mobiliario, ropa –sobre todo para los pequeños; generalmente se trata de artículos de segunda mano que los parientes regalan al joven hogar una vez que han logrado sustituirlos por otros nuevos o mejores. Con esto se pretende colaborar en la constitución del nuevo núcleo doméstico, el cual habría requerido de mucho más tiempo para adquirir instrumentos muy necesarios.

En tercer lugar encontramos los cuidados a niños pequeños con el fin de que las jóvenes madres puedan emplearse de manera asalariada (Alma en Coahuila, Ulda en Tabasco, Simona en Guerrero, Beatriz en Michoacán), ya sea que los dejen con parientes co-residentes o cuya vivienda se encuentra próxima a la propia. En estos casos las edades de los hijos son más avanzadas y / o el cuidador o cuidadora es un pariente muy cercano, como la madre o el cónyuge, con quienes existe un alto grado de confianza.

Otro aspecto interesante a explorar son los mecanismos de reciprocidad encontrados entre estos hogares. Se sabe que la retribución de la ayuda recibida no necesariamente debe ser en los mismos términos, “con la misma moneda”, sino que los favores recibidos –con excepción de los préstamos monetarios– se pagan conforme a las necesidades de quienes participen en el intercambio (Lomintz, 1975; González de la Rocha y Villagómez, 2005). Los hogares en expansión parecen reservar para sí la mayoría de los recursos con los que cuentan; no ha sido frecuente encontrar préstamos monetarios, regalos o entrega de alimentos de su parte. En todo caso, los hogares jóvenes responden a las ayudas recibidas prestando servicios y cuidados; los varones participan en las reparaciones de las casas de familiares, ayudándoles a trabajar el campo o desarrollando otro tipo de trabajos de manera gratuita. Las mujeres contribuyen con trabajo doméstico, cuidados y compañía a niños y ancianos. En los casos donde se comparte la vivienda con los abuelos u otros parientes, la reciprocidad se construye de forma implícita, pues la convivencia cotidiana facilita el préstamo de enseres domésticos, los cuidados, la cooperación, el flujo de información.

De cualquier modo, pareciera que quienes ayudan a estos hogares no esperan una retribución inmediata o similar en magnitud. Existe una suerte de pacto sobreentendido que señala a la fase de expansión como el momento de ayudar a los jóvenes, esperando una reciprocidad diferida en el tiempo, dosificada pero constante, que asegure la continuidad de los vínculos de ayuda.

Sin embargo, como se sabe, la reciprocidad y la confianza, elementos indispensables de todo sistema de intercambio social, no son factores que existan de manera natural ni que se encuentren garantizados bajo cualquier circunstancia (González de la Rocha, 2000; 2001; González de la Rocha y Villagómez, 2005). Sin que se identifiquen situaciones francas y graves de aislamiento, en algunos hogares sí se encuentran elementos que provocan el deterioro de las relaciones de los miembros de la familia con otros actores de su entorno. Algunos casos muestran vínculos conflictivos con miembros de la familia extensa que los han llevado a alejarse de la misma (sobre todo con la familia política) perdiendo un posible punto de apoyo. Otros hogares, como el de Ulda y Bertha, ambos pertenecientes a contextos urbanos, manifiestan desconfianza con vecinos pues existen antecedentes de robos y violencia. Un caso más, el de Dianira en La Coruña, refiere no acudir con sus vecinas en caso de necesitar ayuda pues se automargina al considerar que, por ser de otra comunidad, será rechazada en su nuevo entorno. Esto las ha obligado a hacer un uso intensivo de sus redes familiares, las cuales en ocasiones no pueden satisfacer de manera adecuada sus requerimientos pues se encuentran también en condiciones precarias.

Los bajos niveles de participación y de comunicación aunados al sentimiento de inseguridad, generan situaciones de desconfianza que impiden que los hogares extiendan sus redes de apoyo más allá de los vínculos familiares, aumentando las exigencias y expectativas depositadas en estos. Desafortunadamente, cuando las redes se concentran en grupos de pares que se caracterizan por encontrarse en las mismas condiciones de precariedad, la reciprocidad se complica llegando a provocar el deterioro de dichos sistemas

de intercambio, lo cual, a la larga, desemboca en situaciones de aislamiento (González de la Rocha, 1999a; 2001; 2005b; Moser, 1998).

En conclusión, las redes sociales de los hogares en expansión han demostrado ser de suma importancia tanto para la constitución del nuevo hogar como en su desarrollo posterior. Estas redes se tejen básicamente en torno de los vínculos familiares, lo cual resulta ventajoso dado que el vínculo afectivo parece aumentar la intensidad del intercambio y permite cierta flexibilidad en la reciprocidad.

Sin embargo, la centralidad de estas redes obliga a sus participantes, sobre todo a los más jóvenes, a aumentar las expectativas depositadas en las mismas. Esto comporta dos desventajas: en primer lugar, que los familiares que se encuentren en las mismas condiciones de precariedad no siempre puedan cumplir con las ayudas solicitadas y, en segundo lugar, que los hogares más jóvenes, todavía muy apegados a sus familias de origen en términos de apoyo, no trabajen en la construcción de otro tipo de vínculos sociales con su entorno, los cuales podrían proporcionarles otro tipo de ayuda, por ejemplo, información sobre posibilidades de empleo.

## OPORTUNIDADES Y LOS ESCENARIOS PARA SU APROVECHAMIENTO

### *Oportunidades y la fase de expansión.*

La intención última del análisis que aquí se plantea consiste en la construcción de escenarios que, a la luz de la información obtenida en los estudios de caso, permitan determinar cuáles son las condiciones idóneas para que el Programa sea aprovechado al máximo y cuáles disminuyen su impacto en los hogares en expansión.

Dada la naturaleza de los estímulos ofrecidos por el Programa,<sup>29</sup> no resulta difícil deducir que quienes más se beneficiarían de este tipo de apoyos son las familias cuyos miembros están en posibilidades de recibir el mayor número de ellos, es decir, típicamente, familias jóvenes en crecimiento y con necesidades apremiantes (González de la Rocha, 2005b: 21-22).

Sin duda, el efecto del Programa no se limita al impacto de las transferencias monetarias en la estructura de ingresos de los hogares: sus beneficios son mucho más amplios y aspiran a modificar varios ámbitos de la organización doméstica, directa o indirectamente. Sin embargo, el análisis de los casos indica que hay una diferencia notable en el impacto del Programa entre los beneficiarios que reciben becas educativas y los que no.

Esto ocurre no sólo porque las transferencias diversifican y aumentan la base de los ingresos monetarios, sino porque además de ser fuentes de dinero lo son de certidumbre y generan márgenes de planeación de gastos y deudas adquiridas en aras de mejorar las condiciones materiales de existencia. Además, las becas educativas son las que, finalmente, estimulan en padres e hijos la permanencia escolar de los niños.

Es mucho más difícil que este tipo de procesos se observe en hogares que recibían como única transferencia monetaria el apoyo a la alimentación. Ésta era la situación de María Isabel<sup>30</sup> o de Elvira antes de ser transferida al EDA y, con ello, perder todo apoyo económico. Además, a esta última le han dicho<sup>31</sup> “que se la quitaron [la transferencia monetaria] ‘porque no progresó’, a lo que ella espeta: ‘pues no progresé, porque ¿a poco con 300 pesos que me daban iba a progresar mucho? Pues no’”.

<sup>29</sup> Becas educativas a partir del tercer grado de primaria y hasta el tercer año de educación media superior, consultas y revisiones médicas gratuitas, capacitación en prácticas de salud, transferencias monetarias para alimentación, suplementos alimenticios para infantes y madres embarazadas y en lactancia y, recientemente, el apoyo a adultos mayores.

<sup>30</sup> Antes de que fuera dada de baja por incumplimiento de corresponsabilidades.

<sup>31</sup> Aparentemente, esto se lo dijo una vocal aludiendo a explicaciones proporcionadas por funcionarios del Programa.

---

Lo anterior implica que un hogar “ideal” para recibir este tipo de estímulos sería uno en un momento avanzado de la etapa de expansión, ya sea que se le incorpore en ese momento o antes; lo importante en todo caso sería garantizar el acompañamiento del Programa para cuando los hijos comenzaran su trayectoria escolar. Así, este hogar recibiría el apoyo a la alimentación, tendría acceso a los servicios y pláticas de salud y, además, las becas educativas cuyos montos irían aumentando conforme la trayectoria del estudiante avanzara.

Esto no sucedió, por ejemplo, en los hogares transferidos al EDA analizados en este capítulo. Dichos hogares han estado expuestos al Programa desde los inicios del mismo, fueron incorporados cuando los hijos eran muy pequeños. Cuando se encontraban en condiciones de recibir becas educativas transitan al nuevo Esquema y pierden dicha posibilidad y el apoyo a la alimentación, el cual, durante los años previos, había sido utilizado para satisfacer necesidades inmediatas, no menos importantes, pero de efectos a corto plazo, lo cual para efectos de este capítulo se traduce en un menor aprovechamiento del Programa.

#### *Oportunidades y los procesos de acumulación de ventajas.*

En este trabajo se plantea que la contundencia del impacto de Oportunidades en los hogares beneficiarios está dada por la manera particular en que el Programa se vincule con el portafolio de recursos de los hogares. El estado general de dichos recursos ha sido analizado con detalle en párrafos superiores, identificando cuáles son las situaciones que vulneran a un grupo doméstico y cuáles lo fortalecen. En este último apartado los hallazgos se sintetizan con la finalidad de construir escenarios de acumulación de ventajas y de desventajas, donde Oportunidades puede insertarse con mayor o menor éxito.

#### *Procesos de acumulación de ventajas.*

Los hogares que presentaban menores niveles de vulnerabilidad presentaban las siguientes características:

- a) Contaban con más de una fuente de ingresos monetarios además de la que aportaba el jefe económico del hogar. Estas fuentes alternativas podían provenir de 1) otros trabajadores pertenecientes al grupo doméstico, 2) por concepto de pensión o remesas y, en el caso de los hogares beneficiarios, 3) las transferencias económicas del Programa. La primera y segunda situación ocurrían, sobre todo, en los hogares de estructura extensa en tres generaciones o donde ambos miembros del núcleo conyugal laboraban.
- b) Las sumas totales de los ingresos de cada hogar eran superiores a las de aquellos con alta y muy alta vulnerabilidad.
- c) Las actividades extra-domésticas desempeñadas presentaban altos niveles de regularidad. En cuatro casos (Aquiles, José Manuel, Alma y Prisciliano) se trataban de empleos formales que si bien no eran altamente remunerados implicaban certidumbre y prestaciones. En los casos en los que las actividades eran informales (Simona y Ramona) se trataban de pequeños negocios que aunque ameritaban de inversiones importantes, sus dividendos superaban por mucho las condiciones de autoempleo de sus homólogos menos prósperos.
- d) La tenencia de la vivienda era segura y sus condiciones generales buenas o muy buenas. Esto podía estar dado por dos situaciones: en primer lugar, que los jefes del hogar hubiesen logrado adquirir una vivienda o un terreno propio dónde construir, o bien, que los padres de alguno de ellos interviniera proporcionando su propia vivienda o una porción de terreno con casa incluida. La primera situación parecía común en el entorno urbano; la segunda en el rural. En dos de estos casos (Ramón y Antonino) la vivienda tenía un uso productivo del cual se derivaban los principales ingresos del hogar.
- e) El clima familiar del hogar era armonioso en la mayoría de los hogares. Los miembros adultos parecían relacionarse entre sí de manera tal que la organización doméstica resultaba eficiente no sólo en términos reproductivos y económicos sino también afec-

tivos. Esto ocurría, sobre todo, en presencia de altos niveles educativos, mayor participación masculina en el trabajo doméstico y consenso en la toma de decisiones concernientes a la distribución de los recursos.

- f) Las redes sociales eran robustas y eran un factor, si no determinante, sumamente importante para el bienestar de dichos hogares. En hogares donde los ingresos monetarios no cubrían con suficiencia todas las necesidades –a pesar de ser más altos que en los hogares más vulnerables– las redes sociales, sobre todo familiares, proveían al hogar de varios elementos indispensables para la subsistencia cotidiana: vivienda, activos productivos, aportaciones económicas, enseres domésticos, cuidados a infantes, préstamos, obsequios.
- g) En estos hogares, los apoyos monetarios de Oportunidades generalmente incluían becas educativas –mínimo una, máximo dos.
- h) Oportunidades “sumaba” sus apoyos al portafolio de recursos del hogar; no jugaba el papel de un fuente regular de ingresos de la que se corra el riesgo de depender. Dado que los elementos fundamentales para la subsistencia estaban dados por los ingresos monetarios del hogar y por las redes familiares, el apoyo de Oportunidades podía destinarse, en efecto, a inversiones de mediano y largo plazo como la educación, la alimentación y el mejoramiento de las condiciones materiales de vida, a través de la adquisición en abonos de enseres domésticos o ropa y calzado para los hijos.

*Procesos de acumulación de desventajas.*

Los hogares con niveles altos y muy altos de vulnerabilidad se caracterizaban por:

- a) Prácticamente no existía diversificación de las fuentes de ingresos monetarios. Estos provenían generalmente de un único perceptor y de Oportunidades, en el caso de los hogares beneficiarios que no habían transitado al EDA.

- b) Los ingresos monetarios totales de cada hogar resultaban insuficientes eran muy bajos e irregulares.
- c) La labor extra-doméstica de los escasos trabajadores se desempeñaba en condiciones de informalidad; la gran mayoría eran trabajadores por cuenta propia en actividades sumamente inestables, eventuales, con remuneraciones muy bajas y ningún tipo de prestación. Sólo en uno de estos hogares (José Luis) contaban con empleo formal; lo cual aportaba certidumbre al hogar, aunque el dinero tampoco fuese suficiente.
- d) Este grupo de hogares incluye a aquellos con peores condiciones de vivienda. Ninguno es dueño del predio donde reside y las condiciones de los solares o viviendas a los que se han integrado también son precarias. Estos reportan fragilidad en las construcciones, severos problemas de hacinamiento, equipamiento precario, abastecimiento irregular de servicios públicos.
- e) Un factor de vulnerabilidad de estos hogares es la existencia de conflictos intra-domésticos derivados de actitudes autoritarias de algunos hombres, asociadas a problemas de alcoholismo e ineficiencia en la provisión de recursos, lo cual provocaba la insatisfacción de necesidades básicas y la consecuente inconformidad del resto de los miembros.
- f) Las redes sociales de estos hogares también jugaban un papel fundamental en su reproducción cotidiana. A esto debe añadirse el apoyo emocional especial que proporcionaban dadas las condiciones de conflicto intrafamiliar. Estas redes se constituían fundamentalmente de familiares que presentaban, a su vez, niveles importantes de precariedad, por lo que resultaban un poco menos efectivas que las de los hogares menos vulnerables. Aun así, continuaban siendo centrales para la subsistencia cotidiana de los hogares jóvenes.
- g) En este grupo son menos los hogares que recibían becas educativas.
- h) La inestabilidad de la estructura de ingresos monetarios de los hogares beneficiarios de este grupo permitía que el apoyo brindado por

Oportunidades se considerara como una fuente regular de ingresos que aportaba certidumbre. En estos hogares, la participación de las transferencias monetarias del Programa ascendía al 20 e incluso 30 por ciento. Esto, no porque el apoyo económico fuera abundante, sino por lo magro del resto de los ingresos.

- i) La insuficiencia de dichos ingresos obligaba a que las transferencias del Programa fuesen utilizadas de dos formas: 1) total y exclusivamente en los rubros indicados (alimentación y educación donde existían becas) y 2) en la atención de necesidades domésticas inmediatas como el pago de servicios, de créditos informales en tiendas de abarrotes o de medicamentos en caso de emergencia. Por supuesto, lo anterior también es sumamente importante, pero distrae los apoyos económicos del Programa en acciones inmediatas, que garantizan la subsistencia en el corto plazo, mas no contribuyen a romper el círculo de la pobreza y su transmisión intergeneracional.

### COMENTARIOS FINALES

Tres ideas emergen claras de este análisis. En primer lugar, el impacto de Oportunidades no es el mismo en todos los hogares beneficiarios. Esto depende tanto del tipo y cantidad de componentes que recibe cada hogar, como de su propia organización doméstica y de la relación existente con el entorno social o estructura de oportunidades.

En segundo lugar, quienes han mostrado un mayor aprovechamiento de los apoyos son aquellos hogares que han tenido acceso a un mayor número de estímulos por parte del Programa, por un tiempo más prolongado. En el caso de los hogares en expansión, los casos examinados muestran un mayor provecho en aquellos que se encuentran en un momento avanzado de dicha fase, el cual implica que ya haya niños estudiantes en posibilidades de recibir becas educativas.

En tercer y último lugar, resulta notable que los hogares que muestran un mayor aprovechamiento del Programa son aquellos que cuentan con un portafolio de recursos adecuado y no insuficiente o deteriorado. En estos hogares el apoyo de Oportunidades “se suma” a dicho portafolio y permite apuntalar procesos –incipientes quizás, pero existentes– que conducen en el mediano y largo plazo a un mayor bienestar.

Lo anterior no quiere decir que la selección de estos hogares beneficiarios haya sido equivocada ni que los más vulnerables no podrán mejorar su situación. Oportunidades eligió certeramente a muchos de los más pobres, pero la idea que subyace no sólo en este capítulo sino en el libro entero, es que la pobreza no equivale a la vulnerabilidad. El diagnóstico de la segunda implica un amplio espectro de elementos que deben ser considerados por los programas de política social tanto en el planteamiento de sus objetivos como en el diseño de sus acciones.